AS LLAMAS DEL CONVENTO



A FARSA

50 cts.

Cubierta

de

este

número:

Irene López Heredia

admirable

actriz,

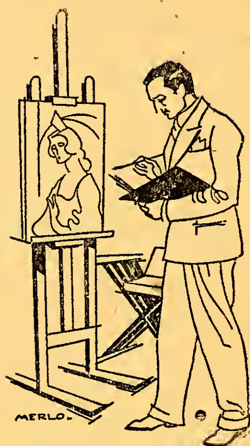
protagonista

de

Las llamas del convento

6263

LAS LLAMAS DEL CONVENTO


MERLO

LUIS FERNANDEZ ARDAVIN

LAS LLAMAS DEL CONVENTO

COMEDIA DRAMATICA, EN TRES ACTOS, EN VERSO

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Muñoz Seca, de Madrid, por la Compañía de Irene López Heredia y Mariano Asquerino, la noche del 9 de diciembre de 1931.

DIBUJOS DE

ANTONIO MERLO



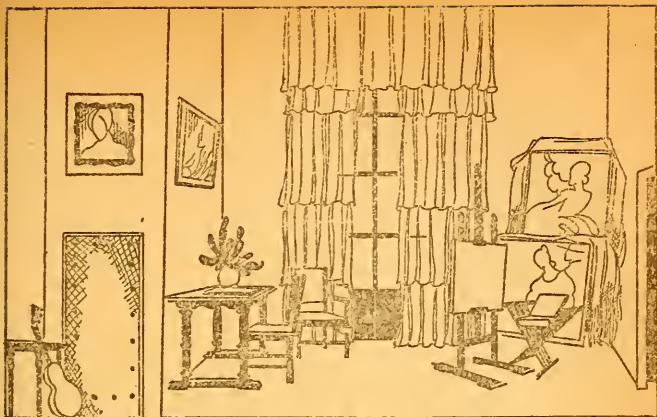
LA FARSA

AÑO VI | 9 DE ENERO DE 1932 | NÚM. 226

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Rosario	Irene López Heredia.
Consuelo	María Isabel Pallarés.
Dolores	Aurora Palacios.
Sor Belén	Lis Abrines.
Sor Alegría	María del Pilar Lebrón.
Monja 1.ª	Pilar Arroyo.
Monja 2.ª	Josita Hernán.
Monja 3.ª	Ketty Moreno.
Paco	Mariano Asquerino.
Juan Román	Marcial Mauent.
Ricardo	Manuel Kayser.
Rafael	Fernando Freire de Andrade.
José	Manuel Soriano.
Marchena	Fernando Molina.
Hombre 1.o	Carlos Pontes.
Hombre 2.o	Rafael Durán.



ACTO PRIMERO

Estudio de pintor, sobrio, sencillo, moderno. Varias puertas. Al foro, un ventanal alargado, con cortinas. Una tarima, un biombo. Un aparato de radio. Primeras horas de la tarde. El sol se filtra por la vidriera del foro.

(En escena CONSUELO, posando en la tarima. PACO ROMERO, al caballete, pinta.)

PACO. Descansa un poco, chiquilla.
CONSUELO. Se agradece. Hace calor.
(Consuelo baja de la tarima.)
PACO. No tanto como en Sevilla
siendo mayo.
(Deja la paleta y los pinceles. Consuelo se acerca.)
CONSUELO. ¿A ver?
PACO. Mejor
desde aquí.
(La cede su puesto.)
CONSUELO. *(Contempla el lienzo.)*
¡Qué maravilla!
Aunque no soy yo. Es decir,
soy y no soy.
PACO. Justamente

611833

lo que pretendo. Sentir;
copiar, no. Reproducir
el modelo servilmente
no me ha tentado jamás.
Lo que importa es darle vida
propia. Estarás parecida
o no, pero el arte es más.
(Se han sentado. El fuma.)

CONSUELO. ¿Es...?

PACO. Infundir a las cosas
lo que no tienen a veces.
Es hacerlas más hermosas.

CONSUELO. *(Con ironía.)*
¡Gracias!

PACO. No a ti. Tú pareces
nacida para que al arte
des un sentido profundo
y humano a la vez. Copiarte
es renovar nuestro mundo
interior. Es, cada día,
hallar que, en el bronce ardiente
de tu clásica armonía,
el alma de Andalucía
tiene un matiz diferente.

CONSUELO. ¡El Alma de Andalucía!
Tu cuadro.

PACO ¿Te acuerdas de él?

CONSUELO. ¿Cómo no, si lo he vivido?
(Recordando.)
Córdoba triste... Un cancel
que se abre a un barrio dormido...
Tú, aun casi desconocido;
yo, aún casi niña... Un clavel
que de entre mis labios pasa
a poder tuyo... La espera
al pie de la enredadera
junto al portal de mi casa...
Y, no sé cómo ni cuándo,
un día, sin darlo estima,
tú al caballete, pintando,
y yo, desnuda, temblando
cada vez que siento encima

tus ojos, que en la tarima
van mi carne acuchillando.
Luego tu triunfo rotundo;
mi desnudez virginal
expuesta, bajo un cristal,
a las miradas del mundo;
y en el lienzo, avergonzada,
morena de barro y lumbre,
sentirme inmortalizada
por ti. Después... La costumbre
de estarme aquí, hora tras hora,
como si formara parte
de ti mismo o de tu arte
fuese yo la inspiradora.
Pretensión desatinada,
¿verdad? ¡Si tendré valor!
¡Ser musa del gran pintor
Paco Romero! ¡Ahí es nada!

PACO. ¿Por qué no, si has convivido
mis largos días de espera
hasta triunfar, si has sentido
mis inquietudes, si has sido
mi amiga y mi compañera?
Ya sabes que yo no olvido.
Sé querer.

CONSUELO. A tu manera.

(*Pausa. Un largo suspiro de ella.*)

PACO. ¿Por qué suspiras?

CONSUELO. No sé.
Que yo siga enamorada
de ti, ya no cuenta nada,
¿verdad, Paco? ¿Para qué?
¡Una más!... Entretenidas,
nobles, ricas herederas,
casadas o casaderas,
di cuál quieres: la que pidas
tendrás como y cuando quieras.

PACO. Ya no está Paco Romero
para hacerlas mucho caso.
Tanto bebí que hoy un vaso
calma mi sed.

CONSUELO. ¡Embustero!

PACO. No tengo empeño en mentir.

CONSUELO. No. Pero, ¿y tu tradición?

PACO. ¡Bah! Que dieron en decir.
Leyendas de solterón.
Ni los pecados de un loco
ni las virtudes de un santo.
Vicios tengo. Mas tampoco
creo que son para tanto.
Trasnocho lo que es prudente;
aunque he visto amanecer,
toda mi vida, pendiente
de unos labios de mujer
y una caña, en un colmado.
En lo referente al vino,
ya dije: poco y del fino;
Solera, que está impregnado
de un fuerte aroma latino.
Para el amor, la experiencia
que sabe esperar y sabe
tenerlo a raya. ¡Esto es grave!
Vejez, más que continencia.
Un mes al año en La Olmilla,
mi cortijo cordobés;
otro en París, y otros tres
en mi casa de Sevilla.
Un dulce recogimiento,
un silencio de cartujo
y un bienestar, que no es lujo,
pero que es refinamiento.
Cantar, flamenco. O mejor,
saber oírlo cantar;
que el cante se ha de gustar
poco a poco y bien posado,
lo mismo que el vino añejo.
Y esto es todo. Si he pecado
ya ves que más ordenado
no cabe ser, yendo a viejo.
(*Pausa. Escuchando.*)
¿Oyes?

CONSUELO. Algarada. Creo
que aún no cesó la revuelta
de anoche.

PACO. Ya sé. Anda suelta
la chusma y a su deseo

campa libre.

CONSUELO. En el paseo
de Recoletos di vuelta
por no topar frente a frente,
yendo sola, con un grupo
de revoltosos.

PACO. La gente
va donde la llevan. Supo
lo de ayer y se querrá
cobrar por su mano.

CONSUELO. Sí.
Pero aquí no hay miedo. Aquí
no pasa nada.

PACO. Ojalá.

(Nueva pausa. Ella coge la guitarra de Paco, que habrá en el estudio.)

¿Qué vas a hacer?

CONSUELO. Ya lo ves.
Cantar. ¿No hablabas del cante?

PACO. Ahora no. Luego. Después
que Juan Román se levante.
(Cogiendo nuevamente la paleta.)
¿Seguimos?

CONSUELO. Por mí, adelante.

(Deja la guitarra y sube a la tarima. Señalando hacia una de las puertas.)

¿Duerme aún?

PACO. Sí. *(Riéndose.)* Me aventaja
en levantarse temprano.

CONSUELO. Ya lo veo. ¡Buena alhaja
debe de ser tu paisano!
¿Viene de la Olmilla?

PACO. No.

CONSUELO. Pues, ¿no estaba en tu cortijo?

PACO. Estuvo. En él se ocultó.
Pero el peligro pasó
y abandonó su escondrijo.
Hoy vive aquí. Le han colmado
de agasajos y de honores.
Desde que abril ha clavado
bandera de tres colores
en los mástiles de España,
los bravos conspiradores,

perseguidos por la hazaña
de diciembre, libres ya,
gloria y premio han recibido.
Y él, aclamado, ascendido
—pero bohemio—, ahí está.

CONSUELO. Conque ¿un revolucionario?
¡Bien callado lo tuviste!
Ni a mí siquiera quisiste
decírmelo.

PACO. Necesario
fué por bien suyo. Trataba
de salvarse, y pues llamaba
a mi puerta, yo tenía
que defender como mía
la vida que él me entregaba.
Vestido de acemilero
despistó, mediando enero,
a los sabuesos del rey.
La Olmilla fué su agujero.

CONSUELO. ¡Gracias a Paco Romero
que es un hidalgo de ley!
¿Le veré hoy?

PACO. ¿Te impacienta
conocerle?

CONSUELO. ¿A quién no tienta
ver al héroe del cortijo?
Y que para ti, a la cuenta,
como quien adopta un hijo.

PACO. Casi, casi. Un camarada
más joven, aunque no un niño,
y una amistad bien probada.
Se fué... Pasó tiempo... Y nada
logró enfriar un cariño
que, en duelos y en alegrías,
firme y puro se mantiene.
Y callemos, que aquí viene.

CONSUELO. ¡Por fin!

(Sale JUAN ROMAN, sin reparar en Consuelo.)

J. ROMAN. Paco, buenos días.

PACO. Tardes.

J. ROMAN. ¿Ya?

PACO. Las dos pasadas.

J. ROMAN. Mucho he dormido.

PACO. No es raro.

J. ROMAN. Fuí con unos camaradas
anoche, y ya sabes...

PACO. ¡Claro!
Lo de siempre.

J. ROMAN. Hay que alternar.
(*Viendo a Consuelo.*)
¡Ah! Perdone. Así al entrar,
no eparé.

CONSUELO. Perdonado.

PACO. Ven. Os voy a presentar.
(*Juan Román se acerca. Presentándolos.*)
El capitán Maldonado
y...

J. ROMAN. (*Atajándole.*)
No es preciso: Consuelo.

PACO. ¿La conocías?

J. ROMAN. ¿Quién no?
¡Si no cambias de modelo!
Y haces bien. Tampoco yo
cambiaría en tu lugar.
¡Perla más fina y más bella
ni entre las aguas del mar!
Es ella a ti, no tú a ella,
quien te va a inmortalizar.

CONSUELO. Lisonjas de militar.
¿Y no me conoce usted
de otra cosa que del arte?

J. ROMAN. ¿De otra?

CONSUELO. Sí, señor. Y aparte
de ser modelo.

J. ROMAN. No sé.

CONSUELO. Haga memoria. Yo sí.
Apenas entrar le vi,
me dije: este es Juan Román,
el hijo de don Julián,
médico en Lora. ¿Es así?

J. ROMAN. Justo.

PACO. (*A Consuelo, extrañado.*)
¿Que tú...?

CONSUELO. Si. señor.

Ya ve.

PACO. — El mundo es un pañuelo.

CONSUELO. — Y Sevilla su mejor
pedacito.
(A Juan Román, que no comprende.)
Soy Consuelo.
La hija del aperador.
de doña Filo.

J. ROMAN. — ¡Ahora sí!
Pero, ¿tú aquella?

CONSUELO. — ¿Le extraña?

J. ROMAN. — ¡Chiquilla! ¡Si eras tamaña
como una almendra!

CONSUELO. — Crecí.

PACO. — El tallo se hizo espadaña.

CONSUELO. — Me espigué y estoy aquí.

J. ROMAN. — ¡Qué cambio!

CONSUELO. — ¿Quién lo diría.
verdad? Tan sucia, tan fea,
tan desgarbada, y que hoy sea
¡"El Alma de Andalucía"!
¡Ideas disparatadas
del gran pintor!

J. ROMAN. — Es gracioso.

CONSUELO. — ¡Cuando el Todopoderoso
da bromas las da pesadas!

PACO. — Que hay que nacer con estrella.

CONSUELO. — *(A Juan Román.)*
Yo tuve una protectora.
¿No me pregunta por ella?

J. ROMAN. — ¿Por quién?

CONSUELO. — ¿De nuevas ahora?
Por la que, siendo mocitas,
para no dar que decir,
me hacía con ella ir
a hablar con usted en sus citas.
¿Quedó tan desmemoriado
o no quiere recordar?
Piense un poquito. El lugar
estaba que ni pintado
por Paco: Un patic risueño...
Una placita cercana,
blanca y rosa como un sueño...

Un conventito pequeño,
con su torno, su campana,
su compás y sus monjitas.
Y un portal con azulejos
hasta el que llega de lejos
la voz de las hermanitas.
Por la tarde, cuando el sol
pliega su capa torera,
sale a encender el farol
sor Lucía, la tornera.
Los ruidos del aire callan.
Canta bajito una fuente,
y en las rejas se desmayan
los geráneos dulcemente.
De pronto viene un mocito
por la calleja desierta.
Sale su novia a la puerta.
La Virgen, en su altarito,
no está más bonita. Boca
que le da envidia al clavel.
Pelo rubio. Ojos de miel.
Mirada que arde y sofoca
y más blanca que la toca
de sor Lucía, la piel.
Rosario se llama. Y él
Juan Román. Ya se comprende
que hay un testigo en la escena:
otra mocita. Y se entiende
que esa soy yo... Ríen... Suena
la campanita... En la arena
borda la sombra un pañuelo;
le pone la noche al cielo
volantes de luna llena;
cantan las niñas en corro,
y el aire ardiente suspira
mientras las trenzas de Elvira
peina la fuente en su chorro.

J. ROMAN. ¡No sigas! ¿A qué volver
sobre el pasado, si ya
murió aquello?

CONSUELO. ¿Es que ella está...?

J ROMAN. ¡Calla!

CONSUELO. ¿No quiere saber?

J. ROMAN. ¡Nada!

CONSUELO. ¿Tanto la olvidó?

J. ROMAN. Las mujeres, para mí
se acabaron.

CONSUELO. Pues, ¿ya no
le gustan?

J. ROMAN. Gustarme, sí;
pero...

CONSUELO. Comprendido: un rato.

PACO. Por lo menos es sincero.

J. ROMAN. Digno de Paco Romero.

CONSUELO. Eso no; que él no es ingrato
como usted.

PACO. (*Reconviniéndola.*)
¡Ya fué bastante!

CONSUELO. Perdonen. Aquí da fin
el sermón.

J. ROMAN. (*Pausa. Escuchando.*)
¿Sigue el motín
de ayer?

CONSUELO. Gente maleante
que anda excitando a la buena.

J. ROMAN. Serán esos.

PACO. ¿Esos? ¿Cuáles?

J. ROMAN. (*Queriendo disimular.*)
Nadie. Chiquillos, chavales.
En junto, media docena
y cuatro profesionales
del robo. Los que quemaron
los coches. Los que asaltaron
anoche las armerías.

PACO. ¿Tú lo viste? (*Mirándole fijamente.*)

J. ROMAN. Me arrastraron
a verlo.

PACO. Y ya ¿gritarías
por esas calles también?

J. ROMAN. Puede ser... Iba excitado.
Es mucho lo que ha pasado.
A juicio mío hacen bien.

PACO. Pues por mi parte...
(*Paco se encoge de hombros. Pausa.*)

J. ROMAN. ¿Han llamado?

PACO. Sí.

J. ROMAN. Yo iré. Puede que sean
amigos a recogerme
como ayer.

(Se va. Consuelo se oculta tras el biombo.)

PACO. ¿Qué haces?

CONSUELO. Ponerme
aquí, donde no me vean.

(Vuelve J. ROMAN con MARCHENA y RAFAEL.)

J. ROMAN. Entren. Aunque no es mi casa...

PACO. Igual que si fuera tuya.

J. ROMAN. *(A sus amigos que simulan una aparente cortedad.)*
Pase, Marchena, y tú pasa
también. *(A Rafael.)*

RAFAEL. *(A Romero.)*
Con licencia suya,
Don Paco.

PACO. Nada, mandar.

(Sigue pintando.)

(Pausa. Juan Román y MARCHENA hablan aparte. Rafael se pone a ver cómo pinta Paco. Juan Román, impaciente, a Marchena.)

J. ROMAN. ¿Qué, Marchena, hay algo grave?
Viene pálido.

MARCHENA. ¿Aun no sabe?
No lo he podido evitar.
¡El convento de La Flor
ardiendo!

J. ROMAN. *(Vivamente contrariado, cerrando el puño con ira.)*
¡Eso no!
(Alto a Rafael y a Marchena.)
Pasar.
Allí estaremos mejor.
Es mi cuarto. Lo preciso
para vestirme y soy vuestro.
Aquí estorbamos.

MARCHENA. *(A Paco, iniciando el mutis.)*
Maestro...

PACO. Por mí, no.

J. ROMAN. Sí.

RAFAEL. Con permiso...

(Se van con J. Román. CONSUELO sale en seguida de su escondite y dice a Paco, alarmada:)

CONSUELO. Pero, ¿has visto?

(*Sin comprender.*)

PACO. ¿Qué?

CONSUELO. ¡Esos hombres!

¿Sabes quiénes son?

PACO. Ni trato

de averiguarlo. En Madrid

ve a preguntar. Como hay tantos.

Por la facha, señoritos

de café. Desocupados.

CONUSELO. Peor.

PACO. ¿Peor?

CONSUELO. Vividores

sin oficio. ¡Perdularios!

PACO. ¿Los conoces?

CONSUELO. No a los dos.

A uno, y basta. Mi cuñado.

PACO. ¿Rafael?

CONSUELO. Sí. Aquel granuja

que a fuerza de malos tratos

logró acabar con mi hermana.

El que se marchó robándonos

los ahorrillos que mi madre

fué reuniendo con tantos

sacrificios. Aquel mismo

que desvalijó el Sagrario

de San Clemente, en Sevilla.

PACO. Entonces, ¿le han indultado?

CONSUELO. Sí. Como a todos ahora.

Para volver a encerrarlos

bien pronto.

PACO. ¿Te ha visto?

CONSUELO. Ni

quiera Dios.

PACO. ¿Le temes tanto?

CONSUELO. Calcula. Me perseguía.

PACO. ¿También?

CONSUELO. También. ¿En qué tratos

puede con tu amigo estar?

PACO. No lo sé. Voy sospechando

que en nada bueno. Hace tiempo

frecuenta no sé que bajos

fondos sociales. El niega.

Pero vienen a contármelo
sus enemigos. Parece
que anda otra vez conspirando.

CONSUELO. ¿Otra vez? ¿Qué quiere ahora?

PACO. El lo sabrá.

CONSUELO. ¿Y tú?

PACO. Yo callo
y veo. Soy cordobés,
que es como decir romano.
Para los predicadores
de ideas, Poncio Pilatos.
Me inhibo y observo.
(*Pausa.*)
Cuenta
mientras sale. Esa Rosario
que has dicho, ¿quién es? ¿Qué tuvo
que ver con mi amigo y cuándo?

CONSUELO. ¿No te lo contó?

PACO. Jamás.

CONSUELO. Tú andabas, creo, viajando
por esos países.

PACO. Roma
sería.

CONSUELO. Tal vez. Un año
pasaron entre floreos
y amoríos. Fué en el barrio
de Santa Cruz, junto al muro
del Alcázar. Y el noviazgo
terminó mal. El, ya sabes,
un mala cabeza. Guapo,
joven, con dinero...

PACO. ¡El trueno!

CONSUELO. Ni voluntad ni recato.

PACO. ¿La quería?

CONSUELO. Mucho, sí.
Aunque no tuvo reparo
en sacarla de su casa
con malas miras. Lograron
llegar a tiempo sus padres
y la virtud quedó a salvo.
Pero el corazón, deshecho;
y el renombre malparado.

El se fué. Ya era teniente.
Hay quien dice que llorando.
Marruecos le hizo olvidar.

PACO. ¿Y ella?

CONSUELO. Lo de siempre: al claustro.
Muerta en vida.

PACO. Muy de España
la estampa: "Monja y soldado".

CONSUELO. *(Oyendo la radio que empieza a sonar espontáneamente.)*
¡Calla! ¿Música a estas horas?

PACO. Sorpresas que da la radio.

CONSUELO. ¿Madrid?

PACO. No.

CONSUELO. Pues pon Madrid.

PACO. Aun no es hora.

CONSUELO. Por si acaso.

(Paco se acerca al aparato y hace girar los reguladores.)

¿Darán noticias?

PACO. Hoy sí.
No hay Prensa. Y con lo excitados
que están los ánimos.

(Paco ha intentado captar la onda inútilmente; apaga las lámparas.)

CONSUELO. Déjala,
no la quites. Que la oigamos.

(Paco vuelve a encender. Se dirige nuevamente al caballete y mirando hacia el cuarto de Juan Román dice:)

PACO. Ahí vuelven esos. Escóndete.

(Ella se oculta donde antes. Paco simula pintar. Vuelven J. ROMAN, MARCHENA y RAFAEL. J. Román, con traje de calle y sombrero.)

¿Se van?

J. ROMAN. Si no mandas algo.

PACO. Nada.

J. ROMAN. Hasta luego.

PACO. Hasta luego.

MARCHENA. Maestro...

RAFAEL. Salud, don Paco.

(*Se van. CONSUELO vuelve a salir. Paco deja precipitadamente de pintar y coge el sombrero...*)

PACO. Consuelillo, aquí te quedas.

CONSUELO. ¿Es que te marchas?

PACO. Me marcho
detrás de ellos.

CONSUELO. Pues ¿no hablabas
de Poncio?

PACO. Pero me ha entrado
curiosidad por saber
a dónde van y en qué pasos
anda metido ese mozo.

CONSUELO. ¿Espero?

PACO. Vete, si tardo.
(*Haciendo mutis.*)
¡Que no llego!

CONSUELO. ¡Corre!
(*Se va Paco. Ella le acompaña hasta la puerta. Volviendo a escena.*)
¡Siempre
por los demás abogando!...
¡Si todos fueran como él!...
(*Pausa. Recogiendo los útiles de pintar y poniendo un poco de orden en todo.*)
¡Jesús, qué desordenado!
¡Yo siempre poniendo arreglo
y él siempre desarreglando!
(*Yendo hacia el caballete y cubriendo su propio retrato con una tela.*)
Y tú... ¡tápate la cara,
fea! ¡No presumas tanto!
(*Escuchando.*)
¿Llaman? Será que le han visto.
(*Se va. Pausa. Vuelve en seguida con DOLORES. Veinte años. Gran belleza. Muy elegante. Todavía dentro.*)

CONSUELO. Entre...

DOLORES. Si no está don Paco...
(*Entran.*)

CONSUELO. Hace un momento salió
de aquí. ¿No se le ha encontrado?

DOLORES. No. ¿Volverá?

CONSUELO. No lo sé.

Puede. Si quiere usted algo
para él...

DOLORES. No. Muchas gracias.
Venía sólo de paso.
Buenas tardes.

(*Da un paso hacia la puerta.*)

CONSUELO. Señorita
Dolores.

(*Dolores se detiene.*)

DOLORES. ¿Qué dice? ¿Acaso
me conoce usted?

CONSUELO. ¿Quién no?
¡Si es famosa por retrato!
La hija del general
Bermejo. La vi en el cuadro
muchas veces, aquí mismo,
cuando la estaba pintando.

DOLORES. Siendo así...

(*Como falta de fuerzas se deja caer en una silla. Da muestras de gran agitación. Consuelo acude en su ayuda.*)

CONSUELO. ¿Se siente mal?
¿Qué la pasa? ¿Está temblando?

DOLORES. No... Nada... El humo... El calor
y el horror del espectáculo.
¿Ha visto el fuego?

CONSUELO. ¿Qué fuego?

DOLORES. Pues ¿no lo sabe? Ahí al lado.
Tres manzanas más arriba.
Subiendo hacia San Bernardo.
El convento de la Flor.
Mire...

(*Se dirige al ventanal, levanta la cortina.*)

CONSUELO. ¡Dios mío! ¡Qué espanto!
¡Ardiendo!

DOLORES. Y los Carmelitas.
Y las Bernardas.

CONSUELO. ¡Dios santo!

DOLORES. Ahora decían que iban
a Chamartín. Son muchachos.
Mozalbetes...

CONSUELO. ¿Y los dejan?

DOLORES. La gente aplaude. Yo he estado
a punto de ser linchada
por protestar. Me llamaron
no sé que. Gracias a un joven
que me protegió he llegado
hasta el portal y he subido
para refugiarme. Cuando
venía vi a unas monjitas
disfrazadas, que escaparon
de las turbas. Los conventos
están ya desalojados.

CONSUELO. ¡Es espantoso!

DOLORES. ¡Espantoso!

CONSUELO. ¿Quiere beber? ¿Tomar algo?

DOLORES. No, gracias. Ya estoy mejor.
El susto se va pasando.

CONSUELO. ¿Y cómo fué, a ver?...

DOLORES. Vinieron
dos amigas a contármelo
y fuí con ellas. Después,
cargas, tumultos, disparos.
La gente que corre. Un toque
de atención. Unos caballos
que se nos echan encima,
y así que todo ha pasado,
yo, sola, y mis dos amigas,
no sé dónde.

CONSUELO. ¿Pero a salvo?

DOLORES. Supongo.

(*Un silencio. Consuelo va al ventanal y levantando la cortina mira.*)

¿Qué mira usted?

CONSUELO. ¡Que por los cuatro costados
arde este Madrid tan bueno,
tan alegre, tan hidalgo!
¡El cielo es un nubarrón!

(*Deja caer la cortina.*)

¡No hay fuerzas para mirarlo!

DOLORES. No, no hay fuerzas, dice bien.

CONSUELO. Pero aquí, ¿qué hacemos? ¡Vámonos!

DOLORES. ¿Ya está impaciente por ir?

CONSUELO. ¡Oh, no!

DOLORES. ¿Por qué? Si es humano.

(*Pausa. Vacilando.*)
Pero antes quisiera...

CONSUELO. Diga.

DOLORES. El capitán Maldonado,
¿vendrá hoy por aquí?

CONSUELO. No creo.
Acostumbra a volver cuando
ya amanece y hace poco
que se fué.

DOLORES. Entonces... No es caso.
Aunque... ¿Podría ponerle
dos letras?

CONSUELO. Sí. Aquí hay recado
de escribir.

DOLORES. Y si no, no.

CONSUELO. ¿Por qué? No pase cuidado
de que alguien lea... El tan solo.
Yo soy discreta y me marcho
también. Pero ¿está nerviosa
todavía?

DOLORES. Un poco.

CONSUELO. Vamos,
tranquilícese.
(*Va a la mesa y dispone todo lo necesario para escribir.*)
Papel.
(*Buscando en la papelera.*)
No hay sobres. Se han acabado.
No importa por eso. Escriba.
Deje el pliego bien doblado
sobre la mesa y aquí
no entra nadie. Yo, entre tanto,
me cambio el traje.
(*Pausa larga. Consuelo se oculta detrás del biombo para salir poco después ataviada con un traje muy sencillo y un velito por la frente. Dolores, entre tanto, se sienta a la mesa y escribe nerviosamente.*)

DOLORES. Ya está.

CONSUELO. Y yo.
(*Nueva pausa. Sale del biombo. Va a la mesa y al ver el pliego que Dolores ha escrito y doblado cuidadosamente, dice.*)
Muy bien. Pues andando.

(Se dirigen a la puerta. Antes de llegar a ella Consuelo se vuelve y como solicitada por una fuerza superior mira nuevamente a través del ventanal.)

DOLORES. Veo que también a usted
le atrae aquello.

CONSUELO. Es extraño.
Quisiera no verlo y miro.
Me horroriza y, sin embargo,
hay algo que al mismo tiempo
puede más.

DOLORES. Es cierto. Hay algo.

CONSUELO. ¡Quiera Dios que de esas llamas
no vengan luego otros daños!

(Se van. Pausa larga. Empieza a sonar la radio.)

RADIO. E. A. J. 7. Unión Radio-Madrid. Noticias de última hora. Ante la gravedad de los sucesos, el Gobierno de la República, reunido en consejo permanente, ha acordado declarar en Madrid el estado de guerra. Aunque son diez los conventos incendiados o que se ha pretendido incendiar, el Gobierno domina la situación por completo y aconseja al vecindario la mayor serenidad y cordura, coadyuvando así a restablecer el orden perturbado. A las dos menos cuarto ha quedado proclamada la ley marcial. Se está movilizando la guarnición de Madrid, que será distribuída por toda la población. Cuantos produzcan desórdenes serán considerados como enemigos del nuevo régimen. El presidente del Gobierno, tan pronto como la celebración del Consejo se lo permita, se dirigirá por radio a España entera, exponiendo ante el micrófono todo lo sucedido y las medidas adoptadas para asegurar la tranquilidad. De momento, nada podemos añadir, sino volver a encarecer a todos la mayor calma posible.

(Cesa la Radio. Entran PACO y ROSARIO. Esta con hábito y toca, ocultos por un manto. En la mano un pequeño cabás.)

PACO. Pase usted sin temor. Aquí podrá
ocultarse a la gente.
Después ya se verá.

ROSARIO. *(Mirándolo todo con extrañeza, pero sin susto.)*

¿Un estudio?

PACO. Es el mío.

ROSARIO. ¿Y no vendrá nadie?

PACO. Nadie. Si acaso, únicamente
mi más íntimo amigo. Un compañero
que tengo aquí alojado.
Mas no pase cuidado.
Le dejaré recado
por si vuelve, y espero
que no suba siquiera.
A los dos nos es fácil encontrar
donde pasar la noche.

ROSARIO. No quisiera
venir a perturbar.

PACO. De ninguna manera.
Es un deber.

ROSARIO. Dios se lo pague, hermano.
¡Fué tan bueno conmigo!

PACO. ¿Quién no, siendo testigo
de su tribulación? ¿Qué ser humano
se hubiera mantenido indiferente?
¿La hicieron algún mal?

ROSARIO. No se atrevieron.

PACO. Pero ¿la escarnecieron?

ROSARIO. ¡Ni eso siquiera, desgraciadamente!
No merezco el honor
de disfrutar el goce del martirio.
Ni han querido tampoco, en su delirio,
maltratar a los siervos del Señor.
Se conforman los pobres, a su paso,
con destruir los bienes materiales:
puertas, muebles, imágenes, cristales.
No llegan a más lejos... ¡Por si acaso!
En el fondo, son buenos y leales.

PACO. ¡Aún los disculpa!

ROSARIO. No. Pero no creo
que las cosas sucedan por que sí.
Las dispone el Altísimo y aquí
se realizan conforme a su deseo.

PACO. ¿Estas también?

ROSARIO. También.

PACO. Y hoy, ¿se propone...?

ROSARIO. Cuando El lo ha permitido, El lo sabrá.
Pero, aunque al parecer nos abandone,
créame, hermano, a nuestro lado está.
Ya ve si está, que cuando yo cerraba
la puerta de mi celda, la madera
del techo tras de mí se desplomaba
sin rozarme los hábitos siquiera.
Ya ve si está que en el convento había
una monjita aprisionada a un lecho
y sólo quedó en pie la enfermería
y en ella, intacto, el reducido trecho
donde la viejecita se moría.
Ya ve si está que el fuego destructor
consumió el edificio a media tarde
y bajo el arco del altar mayor,
incólume en su cruz, El Salvador,
sigue envuelto entre llamas y no arde.

PACO. ¡Santa resignación!

ROSARIO. (*Sonriente.*)
Buen conformar.

PACO. ¿Y se sonríe usted?

ROSARIO. ¡Qué voy a hacer!
Yo siempre he sonreído. Hay que saber
hacer frente al dolor sin claudicar.

PACO. ¿Es usted...?

ROSARIO. Andaluza, sevillana.

PACO. Me lo debió decir el corazón.

ROSARIO. He perdido el acento. De Triana,
del propio San Jacinto.

PACO. ¡Buen patrón!

ROSARIO. ¿Usted también es andaluz? Lo siento,
porque no es de fiar.

PACO. Nunca he mentido.
Y diga, sor...

ROSARIO. María del Olvido.

PACO. ¿No echó de menos nada en el convento?

ROSARIO. Nada. ¡Si usted supiera!
Al cabo de los años
ni sombra queda ya de quien yo era.

PACO. Pues muchos no serán.

ROSARIO. ¿Los desengaños?

PACO. Los años.

ROSARIO. Si el dolor no se midiera

más que por ellos... Pero el alma suma
por cada pena un siglo, y en mi desilusión
soy una viejecita a la que abruma,
igual que un haz de leña, el corazón.
¡Sufrí mucho!

PACO. ¿De amor?

ROSARIO. Naturalmente.
¿En la flor de la edad, de qué otra cosa?
Pero me lo pagaron malamente,
pues cuando más dichosa
me sonreía todo, me encerraron
entre las rejas de un correccional.
Mis sueños de cristal
como cuentas de vidrio se quebraron
y hoy tengo la entereza del creyente
que en todo ve un motivo de alabanza.
Pero, con tanto hablar, no se me alcanza
que usted tendrá que hacer seguramente.

PACO. Dejarla a usted tranquila. Venga a ver
la casa.

(*Mostrándola desde la puerta las habitaciones inmediatas.*)

Esta es mi celda de soltero.
Viene a ponerla en orden la mujer
que se cuida de todo. Aquí un ropero.
Allí el baño. Y enfrente,
donde duerme mi amigo. Usted dispone
de todo libremente.
Si algo falta, perdone.

ROSARIO. ¿Faltar? Pero, ¿se olvida
de dónde vengo entonces? Cuadra mal
el lujo de esta casa y de esta vida
con mi tosca pobreza monacal.
Un camastro de tablas, un sayal
y un libro de oraciones. Eso es todo.
Para pasar la noche arrodillada,
rezando por la turba amotinada,
en cualquier rinconcito hallo acomodo.

PACO. Pida también por mí.

ROSARIO. ¿Si está en pecado?

PACO. Mortal.

ROSARIO. Pues rezaré.

PACO. No se la olvide.

porque si usted lo pide
ya me veo en los cielos y a su lado.
Yo volveré más tarde por aquí
a ver qué necesita.

ROSARIO. ¡Oh, no! Por mí
no es preciso.

PACO. Pero es mi obligación
No estaría tranquilo.

ROSARIO. Siendo así...
Dios recompensará su buena acción.

PACO. Hasta después. (*Ya en la puerta.*)

ROSARIO. Jesús vaya a su lado.

(*Se va Paco. Rosario queda sola.*)

¡Gracias, Señor, que has puesto en mi camino
el corazón de un justo a mi cuidado!
¿Qué busca en ello tu saber divino?
¿Por qué a tu dulce paz me has arrancado?

(*Va al ventanal, levanta la cortina y mirando a la calle dice:*)

¡Insensatos! ¡Seguid! ¡Vuestra locura
no deje piedra sobre piedra! En vano
busca su perfección la criatura
si el hombre es lobo para el propio hermano.

(*Deja el ventanal. Abre el cabás y dice, sacándolos de él:*)

Mi libro... mi rosario... Dejaré
todo esto allí encima.

(*Cierra el cabás y lo pone en la mesa.*)

Así,
ya está. (*Mirando las pinturas.*)
¡Un pintor!... Y se fué
sin decirme su nombre... ¿Quién será?
¡Tan noble! ¡Tan hidalgo!
¡Tan señor a la vez y tan sencillo...!

(*Mirando a la mesa.*)

Puede que aquí en la mesa dé con algo
que me aclare el misterio. ¡Pecadillo
que habré de confesar!

(*Ve la carta. Lee la dirección y da un grito.*)

¡Eh!... ¿Juan Román
Maldonado?

(*Sin atreverse a tocar la carta.*)

No es él.

(*De pronto, comprendiendo.*)

Pero, entonces... ¿Su amigo?... Sí. ¡Luzbel ha trazado estas líneas!

(Coge la carta. La da vueltas en su mano sin atre-verse a desdoblarla.)

¿Qué dirán?

¡Condéneme, Señor, si así lo quieres,
pero yo he de saber qué pone aquí!

(Desdobla la carta resueltamente y con voz turbi-da por la emoción dice:)

"Juan Román de mi vida" ¡Horror! "Por ti
soy la más infeliz de las mujeres.
Me dicen que eres tú de los que van
soliviantando al pueblo. Si así fuera
no vuelvas nunca a verme. Juan Román,
no podría ser tuya, aunque quisiera.
Dime que son mentira esos rumores.
¡Ven pronto, por piedad! ¡Te quiero ver!
Mira que ya no vive hasta saber
que estás limpio de culpa. tu

Dolores."

(Pausa. Dejando la carta como si fuera un veneno.)

¡El aquí, y él mezclado
entre los enemigos del Señor!
¿Es posible que tanto haya cambiado?
¿A este extremo ha llegado el pecador?

(Con súbita resolución.)

Pero no le veré... ¡Ni un solo instante
en esta casa donde el malo acecha!
¡Forzoso es proseguir mundo adelante!
¡Antes que verle aquí, morir deshecha
por esa multitud!

(Entra JUAN ROMAN. Rosario se enfrenta con él y da un grito.)

¡Dios alabado!
¡Juan Román!

J. ROMAN. *(Atónito.)*

¿Quién?

(Pausa larga. Ella, inmóvil, clavada por la emoción, no se atreve a responder. Luego, con un hilo de voz, dice:)

ROSARIO. La sombra del pasado.

J. ROMAN. ¿Esa voz?

(*El no la veía la cara. Pero ella ha levantado la frente y al reconocerla exclama:*)

¿Tú?

ROSARIO. Yo, sí.

(*Ahora es él quien no sale de su asombro.*)

J. ROMAN. Pero, ¿qué eres?
¿Realidad? ¿Ilusión?

ROSARIO. Nunca dos seres
se encontraron más cerca y más distantes.
No soy un sueño, no. Dios ha querido
traerme junto a ti. Yo no he venido.
Me ha guiado el azar de estos instantes.
Déjame libre el paso y habré sido
esa ilusión fugaz que tú deseas.

P. ROMAN. ¡Rosario!

ROSARIO. Sor María del Olvido.
Como tal sólo quiero que me veas.
Adiós.

(*Da un paso. El se interpone.*)

J. ROMAN. No, no te irás. Has removido
todo nuestro pasado.

ROSARIO. Considera
que hace tiempo estos hábitos vestí.

J. ROMAN. No importa. Tú lo has dicho. Hoy hacia aquí
te han traído las llamas de esa hoguera.
Ellas te han libertado.

ROSARIO. Aunque así fuera,
he leído esa carta. Es para ti.

(*Pausa. Le da el pliego. El apenas si lo lee.*)

Por ella sé que somos, desde ahora,
enemigos mortales.
El fuego que devora,
como una fiera hambrienta,
nuestras pobres mansiones terrenales,
se nutre de tus propios ideales,
es tu propia impiedad quien lo alimenta.
Dime si entre los dos
cabe fatalidad más espantosa:
yo, la sierva de Dios;
tú, el arma de Satán que nos acosa;
en mi mano la cruz de religiosa;
en la tuya el hachón del libertario;
tú eres la negación; yo soy la fe.

Así, pues, hasta nunca.
(Da otro paso.)

J. ROMAN. ¡No, Rosario!
Antes tienes que oírme.

ROSARIO. ¿Para qué?

J. ROMAN. Para que sin entrañas no me creas.
Para que, al resplandor
de tu pureza inmaculada, veas
que siempre he sido digno de tu amor.
(Se ha cruzado en la puerta imposibilitando su salida. Ella, resignada, le escucha.)
Nunca pude olvidarte. Te quería.
Y cuando se cerraron tras de ti
las puertas del convento, comprendí
que ya nunca a mi lado te vería.
Ya no eras tú. La Iglesia te absorbía.
Como yo era el peligro, según ella,
su garra poderosa defendía
de mi amor de varón tu virtud de doncella.
Pero, ¿con qué derecho se oponía?
Dime, ¿qué injusta ley, qué desafuero
le dió prerrogativa semejante?
¡Contra la religión, el mundo entero
nada podía hacer! Yo, pobre amante,
quise luchar. Pero luchaba en vano,
porque en mi afán de caballero andante,
la Iglesia era el gigante, yo el enano.
Desde entonces estamos frente a frente.
Ella me arrebató lo que yo amaba,
y secuestrando a tiempo a una inocente,
convirtió una mujer en una esclava.
Vigilaron tus pasos; flor de un día,
murió la risa entre tus labios rojos;
el mundo, ante tus ojos,
fué sólo una calada celosía
y sola, triste, en la penumbra fría
de aquel casón de oscuras antesalas,
no te quedó más que un escape: el cielo.
Verdad; podías levantar las alas;
pero te habían recortado el vuelo.

ROSARIO. Habla de tí. ¿Qué importa ya lo mío?

J. ROMAN. Después, desesperado,
quise morir. Y como buen soldado

en Africa luché. Lo hice con brío
y conocí de cerca lo que era
morir, sin entusiasmo ni ideal,
dejando hecha jirones la bandera
en los campos de cuervos de Annual.
Luché otra vez. Y conseguí luchando
a cada nuevo afán nueva victoria,
y para España conquisté una gloria
que otros, detrás de mí, la iban quitando.
He gozado, he amado y he tenido
cuanto pude en el mundo ambicionar.
Cien veces lo he jugado y lo he perdido.
Pero sé que otras cien lo he de ganar.
Y hoy no combato sólo contra un rey,
contra una idea, ni contra un tirano.
Combato por el hombre, por la ley
que predicó Jesús. Por un día cercano
donde una mayoría
no sufra en beneficio de los menos
y en el que al fin podamos, algún día,
ser todos más felices y más buenos.
Esta es toda mi culpa. Ahora sentencia.
Yo cumpliré el castigo; mas primero
era dejar tranquila mi conciencia.
Sincerarme ante ti, porque aún te quiero.

ROSARIO. ¡Sarcasmo! No mientas... Jamás me quisiste.
De haber sido cierto que aún me querías,
ya que te marchaste, ¿por qué no volviste,
si yo te esperaba tras las celosías?
Recuerdo la tarde que nos separaron.
"Volveré a buscarte". llorando decías.
Y cuando, a mi paso, las puertas cerraron,
las fuerzas humanas no me abandonaron
porque no dudaba de que volverías.
¡Pero no volviste...! Cuanto al lado mío
compartió mis penas:
el reclinatorio del templo sombrío;
la melancolía de las azucenas;
el ciprés del huerto y el rumor del río,
que tras de la tapia fluía risueño,
todo se llenaba del recuerdo tuyo
y hasta las arañas de un blanco capullo
tejían tu nombre con hilos de ensueño.
En los ejercicios, en las oraciones,

despierta, dormida,
todo lo poblaban tus apariciones
y, como si fueras el fin de mi vida,
alma de las sombras, tu sombra querida
me martirizaba con sus tentaciones.
Recuerdo que un día, lavando en la alberca,
del fondo del agua surgiendo te vi.
Y aunque te adoraba, me sobrecogí;
porque te veía tan cerca, tan cerca,
que una fuerza extraña tiraba de mí.
Si al pie de una imagen los ojos alzaba
y abriendo los brazos su ayuda pedía,
la imagen divina tu forma tomaba,
y ante el sacrilegio que se consumaba,
sobre las baldosas me desvanecía.
Si sola en mi celda lloraba el pasado
o se confundía mi voz en el coro,
como si estuvieras en él encarnado
hasta la mirada del Crucificado
decía en tu nombre: "¡Te adoro! ¡Te adoro!"
¡Sarcasmo! Mi mente, desde que te fuiste,
se nutrió tan sólo de sus fantasías.
¿Tú? ¡Ni te acordabas de lo que ofreciste!
Y así, poco a poco, pasaron los días.
Y yo te esperaba cada vez más triste,
bajo las arcadas de las galerías.
Dime, si sabías
que yo te aguardaba, ¿por qué no volviste?
¿Ves como era cierto que no me querías
cuando no cumplías
lo que prometiste?
Supe tus hazañas, tu triunfo ruidoso.
Que el mundo asombrado te glorificaba.
Y cada noticia que hasta mí llegaba
era como un fino dardo venenoso
que me atravesaba.
Al fin, convencida
de que no vendrías jamás a buscarme,
decidí enterrarme
para siempre en vida.
Y hoy, resucitada,
aunque entre nosotros no puede haber nada,
salgo, como Lázaro, de mi sepultura;

ya ves si eres causa de mi desventura.
Si alguno ha querido, yo fuí, tú no fuiste.
¿Y aún quieres probarme lo que me quisiste?
¡Cien veces sarcasmo! ¡Mientes y mentías!
Pues si, como dices, tanto me querías,
¿por qué no volviste?

(*Pausa. Ha oscurecido. Por la ventana del foro un vivo resplandor de incendio.*)

J. ROMAN. Entonces, lo nuestro, ¿no tiene remedio?

ROSARIO. No tiene remedio... y aunque lo tuviera
ya ves esa carta... ¡te llama!, ¡te espera!
Dios, que me protege, puso por en medio
el grito de angustia de un alma sincera.
Yo me marcho.

J. ROMAN. ¡Nunca!

ROSARIO. Mi puesto es allí.
Donde resplandece la luz de esa hoguera,
menos peligrosa que el fuego de aquí.
¡Ama! ¡Sé dichoso con tu mensajera!
¡Pero no la engañes lo mismo que a mí!

(*Va a salir, cuando entra PACO. Paco se sorprende al verlos.*)

PACO. ¿Eh? ¿Se va? ¿qué es esto?
(*A Juan Román.*)
¿Tú aquí? ¿Qué ha pasado?

ROSARIO. Nada. Que los tiempos no pueden volver.
Y su camarada quiso remover
un viejo rescoldo que estaba apagado.

PACO. (*A Juan Román, comprendiéndolo todo.*)
¿Tú?

J. ROMAN. Sí. No la dejes salir, te lo ruego.
Es cierto. Dormía
soterrado el fuego;
pero conservaba calor todavía.

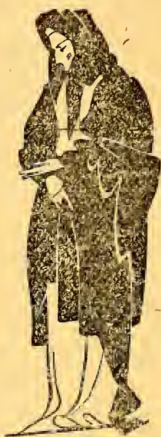
ROSARIO. ¡El lo ha reavivado!
(*A Romero, dando un paso más.*)
Deje que me vaya; no pase cuidado
por mí.

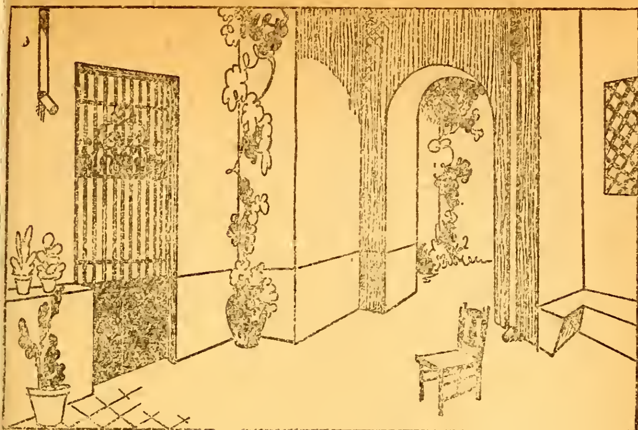
J. ROMAN. No la dejes.

PACO. Sería cruel.
De aquí no se marcha. Yo estoy a su lado.
¡Y quien sale ahora de esta casa es él!

(*El incendio del foro más vivo cada vez...*)

TELON RAPIDO


MERLO.



ACTO SEGUNDO

Un patio en Sevilla. Tres puertas: dos a la derecha y una a la izquierda. Al foro, cancela praticable a la calle. La escena hace un entrante hacia el foro por donde se sale al jardín. Media tarde calurosa de un día de julio.

(*En escena CONSUELO y RICARDO.*)

CONSUELO. No se canse. Ya le dije
que es imposible, Ricardo.
Le estimo bien y me aflige
que insista.

RICARDO. Eso, no. Yo aguardo
que pase el tiempo. Quizá
mude usted de parecer
algún día.

CONSUELO. Puede ser.

RICARDO. No hay quién diga "esto será"
y acierte siempre.

CONSUELO. A mi ver
no es cosa fácil, doctor.
Sin forzarlo ha de nacer
a gusto suyo el amor.

RICARDO. Ya sé: don Paco. Es historia
que todo el mundo murmura.
Mas ¿no ve usted, criatura,
que él vive para la gloria?

CONSUELO. ¿Y yo no soy gloria?

RICARDO. ¡Pura!
La musa de carne y hueso,
que dijo el poeta. Así
la quisiera para mí
si yo fuese artista.

CONSUELO. A eso
buen remedio. El bisturí
cambie usted por los pinceles
y a su servicio entro yo.

RICARDO. Pero ¿mientras tanto?...

CONSUELO. No.

RICARDO. ¡Pocas he visto tan fieles
al hombre que las burló!

CONSUELO. ¿Burlarme? Nunca.

RICARDO. Romero.

CONSUELO. No engaña a nadie. Le amé
por gusto mío.

RICARDO. ¿Y no fué
casamiento ni dinero
lo que la ofreció?

CONSUELO. Jamás.
Al contrario. "Lo primero,
ser libres. —En mí tendrás
—me dijo—un fiel compañero,
un amigo, nada más.
Piensa bien adónde vas
antes que te pese". Y yo
no lo pensé.

RICARDO. Y le adoró.

CONSUELO. Y en él, como siempre pasa,
se fué apagando la brasa
que un mal día se extinguió.
Pero ni él quiso engañarme
ni yo me puedo quejar.
Y ya fué bastante hablar.
Váyase, que van a echarme
de menos en el taller.

RICARDO. ¿Puedo volver?

CONSUELO. Cuando quiera.

¿Vió a Sor Clara?

RICARDO. ¿La tornera?
Va mejor.

CONSUELO. A mi entender
el mal que padece es tedio.

RICARDO. Y al mío; ¿qué otro ha de ser?
Empacho de santidad.
Un novio y su enfermedad
tienen seguro el remedio.
No hay medicina mejor.
¡Vaya, abur!

CONSUELO. (*Acompañándole hasta la cancela.*)
Lleve cuidado
que hace un momento han sonado
tiros hacia el Salvador.

(*Ya en la calle, Ricardo se encuentra con SOR BELEN, monja cincuentona que, vestida de seglar, como todas, viene muy apurada.*)

S. BELEN. ¡No vaya, no! ¡Si no quiere
que le maten, no se mueva!

RICARDO. ¿Hay revolución?

S. BELEN. Y pólvora.

RICARDO. ¿Por dónde?

S. BELEN. Hacia la Alameda.
Con bala tiran al blanco.

RICARDO. Pues soy moreno, en mí yerran.
(*Inicia el mutis.*)

S. BELEN. ¡Que es por ahí!

RICARDO. Ya lo sé.

S. BELEN. ¿Adónde va usted?

RICARDO. No tema.
Cosa mala... ya se sabe.
Y a mí el plomo me respeta.
(*Se va.*)

S. BELEN. (*Entrando.*)
¡Jesús, Jesús!

CONSUELO. ¿Qué sucede,
madre Belén?

S. BELEN. ¡Dios lo sepa!
¡La fin del mundo en Sevilla!
¡El juicio final que hoy llega!
Que no hay pan. Que nos morimos
si dura un poco esta huelga.
Que si hablan de repartirse

las mujeres y las tierras
y yo no sé cuántas otras
herejías y blasfemias,
que son obra del demonio
como yo soy de Lucena.

CONSUELO. (*Echándolo a broma.*)
¡Dios nos tenga de su mano
si aquí vienen!

S. BELEN. ¡Yo antes muerta
que caer en su poder!

CONSUELO. ¿Pues?

S. BELEN. Como nada respetan
y no es una todavía
tan que asuste, ni tan vieja,
si tocan a repartirse
las mujeres, considera...

CONSUELO. Cálmese, madre Belén.
A todo, sin darse cuenta,
se hace una.

S. BELEN. Yo, a eso, nunca.
Prometí morir doncella.

CONSUELO. Pues lo cumplirá.

S. BELEN. ¡Buen susto
pasé! Al salir de la iglesia
empezaron a sonar
allá, por las azoteas,
como restallar de látigos
que dando al aire crujieran.

CONSUELO. ¿Y eran tiros?

S. BELEN. Pistoleros
que detrás de las macetas
disparaban a la calle.

CONSUELO. ¡Cobardes! ¡Y que no tengan
castigo! ¿Y usted qué hizo?

S. BELEN. Lo que todos, correr, presa
de terror y refugiarme
en un colmado allí cerca.

CONSUELO. ¿En un colmado una monja?

S. BELEN. Dios no me lo tome en cuenta,
que el vino jamás lo pruebo;
no siendo en alguna fiesta.

(*Sale ROSARIO.*)

ROSARIO. ¡Vamos! ¿Al cabo llegó
la hermana demandadera?

S. BELEN. (*Dejando un envoltorio que trae.*)
Y aquí están los cañamazos,
el ovillo y las madejas.

CONSUELO. (*A Rosario.*)
Procura emplearlos bien,
que en poco si no la cuestan
la vida.

ROSARIO. Pues ¿dónde estuvo?

CONSUELO. Buen rato, en una taberna.

ROSARIO. ¡Válgame el cielo! ¿Es posible?
¿Tan bajo el mundo la tienta?
¡Cuando digo que al convento
vuelven pocas de esta hecha!
Una, usted.

S. BELEN. ¿Yo? ¡Jesucristo!
Fué colmado y no taberna.
Y entré allí para ponerme
a salvo en una revuelta.

ROSARIO. ¿No sería que su mucha
curiosidad la moviera
a llegarse adonde oía
tumulto?

S. BELEN. ¡Qué falsa idea
tiene de mí la priora!

ROSARIO. ¿Pero acierto?

S. BELEN. Siempre acierta.
De mis mandados volvía
como cumple, bien ligera,
cuando me encuentro de frente
con una comadre. Llega.
Me para. Nos saludamos.
Habla. Pegamos la hebra.
Pasa el tiempo sin querer.
Sigue hablando...

ROSARIO. Y ya dispuestas
se van las dos por ahí,
como niñas casaderas,
a recorrer la ciudad
y a ver qué hay de nuevo en ella.
¡Muy bien! Y el taller que espere.
¡Si no es que el mundo la tienta,
no sé, entonces, Sor Belén.

qué pensar!

CONSUELO. (*A Sor Belén.*)

¡Ya escampa!

S. BELEN. (*Haciendo mutis muy ligera.*)

¡Buena
la hicimos! ¡Este sofión
después de aquella refriega!
(*Se va.*)

ROSARIO. ¡Alma de Dios!

CONSUELO. Una niña.

ROSARIO. Más niña, cuanto más vieja.
(*Por las cosas que trajo Sor Belén.*)
Recoge todo eso y llévalo.

(*Rosario se va por el lado opuesto. Consuelo, sola mirando a la calle por la cancela.*)

CONSUELO. ¡No viene! Y aunque viniera
¿qué me importa, si ha de ser,
como siempre, a hablar con ella?
(*Vuelve a escena. Con desaliento.*)
No puedo más. ¡Por momentos
me van faltando las fuerzas!

(*Empieza a recoger el envoltorio, cuando aparece e la cancela DOLORES BERMEJO, que llama desd fuera.*)

DOLORES. ¡Consuelo!

CONSUELO. Pase.

(*Dolores empuja la cancela y entra.*)

DOLORES. ¿La dijo
mi recado?

CONSUELO. Sí.

DOLORES. ¿Y me espera?

CONSUELO. Sí, señorita. Un momento.
Voy a avisarla.
(*Se va por donde Rosario.*)

DOLORES. ¡La prueba
es decisiva!

CONSUELO. (*Que vuelve.*)

Ya sale.
Por si estorbo, con licencia.

(*Recoge las cosas del paquete y se va. En segui sale ROSARIO.*)

DOLORES. Usted perdone...

ROSARIO. De nada.
Ya Consuelo me anunció

su visita. Nunca yo
pensé verme tan honrada.
Siéntese.

DOLORES. Gracias.

(*Se sientan.*)

ROSARIO. Y ahora,
diga qué la trae aquí.
Pero con franqueza.

DOLORES. Sí.
A eso vengo, sí, señora.
De otro modo, no valdría
la pena dar este paso,
sabiendo, como sabía,
el riesgo a que me exponía
con ello.

ROSARIO. ¿Qué riesgo? ¿Acaso
su fama se va a enturbiar
porque usted me venga a ver?

DOLORES. No la he querido ofender.

ROSARIO. ¿Entonces...?

DOLORES. Hay riesgo en dar
motivo a que hable la gente
si además no logro luego
mi propósito.

ROSARIO. Aun no llego
a comprender.

DOLORES. Claramente:
yo he de defender lo mío.
Lo suyo usted. Desconfío
de que entendernos podamos
ya que las dos peleamos,
si no con el mismo brío,
por cosa igual.

ROSARIO. ¿Pelear?
Pues no entiendo.

DOLORES. Antes de hablar:
¿es monja usted todavía?

ROSARIO. ¡Qué pregunta! No sabría
con certeza contestar.
Creo que sí. Como tal
procedo. Se dispersó
la comunidad y yo,
mientras la casa central
vuelve a levantarse o no,

y deciden si nos vamos
fuera de España, a un convento,
para atender al sustento
de las que sin él estamos,
en torno mío agrupé
a unas cuantas religiosas
que, asustaditas y ociosas,
desperdigadas hallé.
Romero, para mi obra,
cedió en Sevilla esta casa.
La suya. Es grande y aun sobra
donde él pinte. Si alguien pasa
de ese umbral, estoy segura
de que al salir nos respete.
Ya sé yo que se murmura;
que a este vivir sin clausura
le han colgado un remoquete:
"El Conventillo profano".

DOLORES. Y "El soviet de Sor María".

ROSARIO. Pero el pueblo sevillano,
profundamente cristiano,
lo mira con simpatía.
Yo velo por él, y es hoy
su guarda mi único afán.
Sirviendo a la Iglesia estoy.
Si soy monja o no lo soy
ya mis actos lo dirán.

DOLORES. (*Que no puede contener su indignación.*)
¡No lo es usted! Si lo fuera.
bajo esa capa de santa,
no alentaría con tanta
perversidad la quimera
de Juan Román!

ROSARIO. (*Asombrada.*)
¿Yo?

DOLORES. ¿La espanta
que hable así?

ROSARIO. Fuí la primera
en pedir sinceridad.
Con que hable sinceramente.
No me asusta la verdad.
Diga.

DOLORES. Desde que al Gobierno
militar hemos venido

mi padre y yo, un negro infierno
llevo en el alma metido.
Aún no llegué y ya corrían
a contármelo. Y no por
mortificarme en mi amor
que todos desconocían.
Por agrandar la aureola
del capitán Maldonado,
que vino aquí rodeado
de esa leyenda española
de conquistador. Estaba
prendado—el vulgo decía—
de una monja. No alcanzaba
lo que de ella pretendía,
y valeroso don Juan,
por lograr a doña Inés,
prendió el convento y después
vió satisfecho su afán.

ROSARIO. ¡Jesús!

DOLORES. Lo que dió ocasión
a la quema de conventos.
Y ya imaginando cuentos,
voló la imaginación:
que la monja se ha rendido;
que está en Sevilla a seguro:
que otras con ella han venido;
que el pintor las ha cedido
su casa, y lo que es más duro
de contar...

ROSARIO. Hable. No debe
callarme nada.

DOLORES. Pues sea:
que aquí se juega y se bebe
y que quien dinero lleve
consigue cuanto desea.

ROSARIO. ¿Será posible? ¿Hasta dónde
llega la humana maldad?
(Señalando al interior de la casa.)
Pase, a ver si corresponde
la leyenda a la verdad.

DOLORES. ¿Para qué? No lo he creído
Su virtud puse a cubierto.
Pero que usted sí ha influído
sobre Juan Román, es cierto.

ROSARIO. No es verdad, yo no le he dado
ni tanto así de esperanza.
Aunque ¿a usted no se le alcanza
que cuando dos se han amado
y una mujer ha sufrido
como yo, si ella quisiera,
podría ser la primera,
en exigir?

DOLORES. Convenido.
Por eso no exijo, ruego.
Y para esta humillación
comprenda usted que hay razón
muy poderosa.

ROSARIO. No niego.

DOLORES. (*Bajando el tono.*)
Piense con calma un momento.
Lo que a verla me ha traído
es que de él he recibido
palabra de casamiento,
y que de hecho es como si
nos hubiéramos casado.
Por eso he venido aquí.
Ya ve si me está obligado.

ROSARIO. ¿Qué dice usted? ¿Que él ha sido
capaz?...

DOLORES. Sí, señora. Y yo
le creí. Me enloqueció.
Fuí débil y sucedió
lo que, si hoy me abandonase,
mi perdición iba a ser
ya que, de no enloquecer,
haría que me matase.
Y a usted me entrego. Ahora puede
publicar mi deshonor
si gusta. A su juicio quede.
Pero es más noble y mejor
suplicar que amenazar.

ROSARIO. ¿Amenazar?

DOLORES. No a usted. A él.
Tengo en mis manos su vida,
que hoy está comprometida
seriamente. Sé el papel
que en la lucha desempeña.

Sé que una palabra mía
igual perderle podría
que salvarle y, siendo dueña
de su destino, no quiero
rendir por fuerza la plaza.
Que se me entregue prefiero...

ROSARIO. Y ¿aún dice que no amenaza?
Sospecha, no sin razón,
que aún le podría querer,
y viene usted a imponer
la fuerza por condición.
Yo tal vez me allanaría
si usted otro tono eligiera;
si dolor, no altanería,
ofreciese y no esgrimiera.
Pero así, aunque no le quiera,
no se lo puedo ceder.

DOLORES. ¿Al fin lo confiesa?

ROSARIO. No.
Es que también tengo yo
mi amor propio de mujer.
Basta que usted le amenace
para que yo le defienda.

DOLORES. Entonces, no la sorprenda
si es muy otro el desenlace,
y quede usted, en este caso,
de lo que pase advertida.

ROSARIO. Ya lo estoy.

DOLORES. ¡Es que la vida
de él va en esto! Di un mal paso.
Usted saldrá responsable
de lo que pueda pasar.
Yo nunca seré culpable.
(*Poniéndose en pie.*)
Y como no hay más que hablar
la entrevista terminó.
(*Se dirige a la cancela. Al llegar a ella, se vuelve y dice:*)
De cuanto aquí se trató,
mi palabra.

ROSARIO. (*Que la acompaña hasta la puerta.*)
En mí confíe.

DOLORES. Quede con Dios.

ROSARIO. El la guíe
como se lo pido yo.

(Se va Dolores. Rosario baja a escena. De un mueblecito saca un libro de rezos. Luego desdobla un velo y se lo pone. Mientras tanto se oye en el jardín la alegre voz de una monjita que canta una copla. Rosario sube al fondo y la reprende.)

¡Sor Alegría del Cielo!

S. ALEGRIA. *(Dentro.)*
¿Sor María?

ROSARIO. En voz más baja.
No demos mal que pensar,
que luego las gentes hablan.
(Va a salir cuando entra PACO.)

PACO. ¿Se marcha usted?

ROSARIO. Sí. A la iglesia.
Mis oraciones diarias.
Volver la esquina y ya estoy.

PACO. Lleve cuidado.

ROSARIO. De nada.
Será lo que Dios disponga.
Y El contra todo me ampara.

PACO. Si quiere yo la acompaño.

ROSARIO. ¡Jesús qué locura! Gracias.
¿Qué dirían si una monja
fuese al templo acompañada?

PACO. ¿Salía de aquí Dolores
Bermejo?

ROSARIO. De aqui. ¿Le extraña?

PACO. ¿Cosas de ese loco?

ROSARIO. Amor.

PACO. ¿Amor?

ROSARIO. De mujer. Se trata
de defender un cariño
que, al parecer, se la marcha.
Vino a que interceda yo.

PACO. *(Asombrado.)*
¿Usted?

ROSARIO. Yo misma.

PACO. ¿Aun no basta
con lo pasado?

ROSARIO. Hace bien.
Por lo visto, le amenazan
graves peligros.

PACO. Pues ella,
si está tan enamorada,

puede salvarle.

ROSARIO. Eso dijo.

PACO. En cuanto a él, bien claro estaba
que a esto llegaría. Desde
que usted aquella tarde aciaga
volvió a encontrarse con él
y al resplandor de las llamas
del conveuto, reanudar
quiso él la historia olvidada,
como si la negativa
de usted tuvieseu por causa,
en lugar de aminorar
sus errores, los agranda.

ROSARIO. La culpa no es suya.

PACO. Puede.

ROSARIO. Es débil como la caña
que según el viento sopla
se inclina.

PACO. ¡Se la va el alma
por los labios defendiéudole!

ROSARIO. No es eso.

PACO. Sí. ¿A qué se engaña?
Lucha usted. Y en esta lucha,
a la postre, es él quién gaua.
Pero sépalo: él venía
con Marchena desde Palma
del Río al frente de grupos
de obreros y geute armada,
bajo las bauderas rojas
de la anarquía.

ROSARIO. ¡Es posible
tal cambio!

PACO. ¡Si no cambiara
más que él! ¡Pero lo peor
es que el pueblo se acobarda
y está Sevilla también,
como Juan Román, cambiada!
¿Qué podría un hombre hacer,
ni mil, si ella no dejara
que esas gentes sin escrúpulo
viniesen a dominarla?

ROSARIO. No, Romero. Aunque quisiera,
por sí no podría nada.
Es que hay dos Andalucías
que han vivido separadas

hasta ahora: La ciudad
y el campo. Aquélla, encerrada
en su recinto de cal,
sorda al clamor que llegaba
de las haciendas, vivió
la vida risueña y blanda
de sus patios. Y esta otra,
la campesina, la brava,
que hizo de la guayabera
y el sombrero de anchas alas
símbolo de esclavitud,
no puede más con la carga.
Suelta el fardo en que llevó
siglos de hambre a las espaldas
y sacudiéndose el barro
de la mina abandonada
o arrancándose la costra
del surco sediento, avanza,
la hoz en la mano, y un brillo
de tragedia en la mirada.
Viene sobre la ciudad
a pedir cuentas pasadas;
a cobrarse, con bien poco,
deudas de antiguo bien largas.
Ya su cante no será
de resignación. Si canta,
no serán como hasta aquí,
lamentos, sino amenazas.
A usted que ha visto de cerca
su vida oscura y dramática;
a usted que sufrió con ellos
su dolor, ¿cómo le extraña?
Juan Román, Marchena y todos
los que hacen con ellos causa
más cerca están de Jesús
que de Caifás. No los salva;
mas algo hay de santidad
en su obra.

PACO. Equivocada.

ROSARIO. Ya lo sé. Dura, cruel,
sangrienta. No como manda
quien dijo "No matarás";
pero, al cabo, humanitaria.

(*Pausa. Cambiando de tono.*)

¡El campo andaluz! Recuerdo
cuando era niña, mi estancia
en un cortijo... Chumberas...
Tierra seca... Lomas anchas...
Hambre... Sed... Sol de justicia...
Pies desnudos... Carnes flácidas...
Caravanas de gitanos
que de vez en cuando pasan...
Estanque sin agua... Chozos...
Y en lo mejor de la casa
el patio para las bestias,
la pesebrera y las cuadras.
¿El hombre? ¿Qué importa el hombre?
El hombre no vale nada,
y como hecho está a bien poco,
bien poco, también, le basta.
¿Para comer? Un gazpacho
que no nutre, pero engaña.
¿Para dormir? ¿Qué más quiere?
Las piedras de la solana.
Quién tiene los huesos duros
nunca durmió en cama blanda.
Si tiene penas, que llore;
que calle, si algo le pasa;
si no tiene pan, que ayune;
si está enfermo, que se vaya.
¿Para amar? No una mujer:
un esqueleto con faldas;
pues no ha sido nunca joven
la que nació avejentada.
¿Para ayudarle? Diez hijos
que triscan como las cabras.
¿Hogar? La anchura del cielo.
¿Médico? A seis leguas largas.
¿Escuela? ¡Qué gollería!
¿Para qué les hace falta?
¿Y aun se quejan? Sin razón.
¿No les pagan su soldada?
¿No les dan un rancho aparte
cuando es el santo del ama?
¿No tienen un sol alegre
y un cielo que es gloria santa?
¿Y no tienen, sobre todo,
junto al portal una parra

y al pie de la parra un banco
donde pasen las veladas?
Pues a reír y a cantar:
que el cante es la voz del alma
y no hay pena que perdure
cuando suena una guitarra!
Así es el campo andaluz,
Romero... ¡Como una estampa
donde el Dolor y la Muerte
van extendiendo su garra!

(A CONSUELO que cruzaba por el foro en silencio y se detuvo un momento a escucharla.)

¿Digo bien?

(Pausa. Consuelo no la contesta y sigue como si no fuese con ella.)

¿No me contestas?

CONSUELO. Ya sabes, quien calla, otorga.

(Se va.)

PACO. Está ofendida conmigo.

ROSARIO. ¿Por qué?

PACO. ¡Por nada! ¡Las cosas!

ROSARIO. ¿Algo que no la cumplió?

PACO. Que ella es buena observadora.
No en balde callan los labios
y los ojos traicionan.

ROSARIO. No entiendo.

PACO. Ni lo pretenda.

ROSARIO. Pues adiós. Le dejo a solas.
O a este paso cerrarán
las puertas de la parroquia.

PACO. Y yo a pintar.

ROSARIO. ¿Al jardín?

PACO. Junto al ciprés. Ya es la hora.

ROSARIO. ¿Estará seguro?

PACO. Creo.
La tapia es alta.

ROSARIO. No importa.
Quien tira no sabe a dónde
y hay balas que son traidoras.

PACO. Para lo que iba a perderse...

ROSARIO. No ofenda a Dios con sus bromas.

(Se va Paco. Ha vuelto CONSUELO que los contempla recelosamente. Rosario, al verla.)

¿Qué miras?... ¿Qué piensas?

CONSUELO. Nada.

Ya lo sabes tú de sobra.
¡Que me quisiera morir!
(*Rompe a llorar.*)

ROSARIO. ¿Qué dices? ¿Morirte ahora?
¿También tú? Cuando se dicen
esas palabras, son otras
las intenciones. Deseas
vivir... ¡Vivir mucho!... Y lloras
porque temes que la vida
te niegue lo que ambicionas.

CONSUELO. Es que fué una crueldad
traerme aquí. Mientras todas
le gustaban por igual,
nunca me sentí celosa.
Pero contigo...

ROSARIO. ¿Qué dices?

CONSUELO. ¡Que ciega por ti!

ROSARIO. ¿Estás loca?

CONSUELO. No, no lo estoy. Yo en su alma
sé leer hoja por hoja.
Y he leído que te quiere.

ROSARIO. ¡Basta!

CONSUELO. No.

ROSARIO. ¡Sí!

CONSUELO. ¡Que te adora!

ROSARIO. ¡Calla, digo!... Anda allá dentro
y el juicio otra vez recobra.

(*Se va Rosario a la calle. Antes de salir la da un beso. Consuelo, que la ha acompañado hasta la cancela, vuelve a escena con pesadumbre y cuando va a hacer mutis a la casa se ve sorprendida por la presencia de RAFAEL, que viene de la calle.*)

RAFAEL. ¡Consuelo!

CONSUELO. ¿Eh? ¿Tú aqui? ¿A qué vienes?

RAFAEL. No grites. A nada malo.
Supe que habías venido.
Quería verte. Vi, al paso,
la puerta abierta y entré.
No creía necesario
llamar.

CONSUELO. ¡Vete!

RAFAEL. ¿Te doy miedo?
Es natural. Quien ha estado
en presidio ya no es hombre
decente, aun siendo tu hermano.

CONSUELO. ¿Mi hermano?
RAFAEL, Tienes razón.
Rectifico: tu cuñado.
CONSUELO. Eso. Ni gota de sangre
los dos de común llevamos.
(*Pausa. Rafael la mira de pies a cabeza.*)
RAFAEL. ¡Estás más guapa que nunca!
Se explica. El lujo, el regalo
en que te tienen. Ya no
conservarás como antaño
tus escrúpulos. Romero...
CONSUELO. ¡Habráse visto villano!
¿Con qué derecho me insultas?
RAFAEL. ¿Insultar, porque hable claro?
¿No te marchaste con él?
¿No le quisiste?... ¿Y qué daño
le viene a nadie con eso?
Ni a ti misma. A ti, al contrario:
hiciste bien. Cada uno
hace de su capa un sayo.
Y la mujer es tan libre
como el hombre. Ya no hay falsos
privilegios.
CONSUELO. Tus ideas
¿son esas?
RAFAEL. Esas. Bien claro
está que no es un baldón
para mí, que hayas amado
La decencia está muy bien
si no nos estorba en algo.
Mas si están los sentimientos
o los gustos, encontrados
con ella, ¿para qué sirve
la decencia? Entonces, ¡largo!
Pero no te extrañe ahora
que ya desde el mismo plano
juzgue las cosas y quiera
ser también libre en mi caso
para elegir compañera.
Sabes que te quiero.
CONSUELO. Tanto
como te aborrezco yo.
RAFAEL. ¡Ya es aborrecer! Pongamos
tú un poco menos. Da igual.

El hecho es que más temprano
o más tarde, serás mía.

CONSUELO. ¡Ya! Cuando todas seamos
de todos, ¿no es eso?

RAFAEL. Puede.

CONSUELO. Pues andas equivocado.
Porque de todos, quizás;
tuya, nunca. ¡Antes en brazos
del mundo entero!

RAFAEL. Sin gritos.
Sin pregonar lo que hablamos.
(*Pausa.*)
Y hasta aquí la discusión;
ahora, al avío y más bajo:
dame las llaves de arriba.

CONSUELO. (*Atónita.*)
¿Qué llaves?

RAFAEL. Las del terrado.

CONSUELO. ¿De cuál?

RAFAEL. ¿De cuál han de ser?
(*Empezando a impacientarse.*)
¡Vivo! Me están esperando
y hemos de subir.

CONSUELO. ¿A dónde?
¿A qué?

RAFAEL. No preguntes tanto
y aligera. Ni te importa,
ni eres celador del barrio,
ni quien va a subir.

CONSUELO. (*Con resolución.*)
Tampoco
tú.

RAFAEL. ¡Bueno fuera!
(*Hace un movimiento de impaciencia. Consuelo decidida.*)

CONSUELO. Da un paso
y grito.

RAFAEL. Grita si quieres.
El tiempo es oro. Malgástalo.
Pero no el mío.
(*Violento y resuelto a todo.*)
¡Las llaves!
¡Las llaves!
(*Se dirige a ella en actitud de amenaza.*)

CONSUELO. ¡Mira que llamo!

RAFAEL. (*Cambiando de táctica y dirigiéndose a la cancela.*)
Por buenas o por malas hemos
de subir.
(*Asomándose a la puerta.*)
¡Entrad, muchachos!
(*Entran dos o tres compañeros de Rafael. Son gente joven de buena presencia como el mismo Rafael entre señoritos y achulados. Al mismo tiempo aparece PACO en el foro.*)

PACO. ¿Eh? ¿Qué pasa? ¿A dónde van?
¿Qué buscan?

RAFAEL. (*Muy tranquilo. Sin desconcertarse.*)
Salud, don Paco.
¿Se acuerda de mí? Yo estuve
en su estudio. En Madrid.

PACO. Algo
recuerdo, es cierto. ¿Y querían?

RAFAEL. Nada. Somo empleados
de teléfonos. Han roto
la línea y necesitamos
repararla.

PACO. ¿Y para ello?...

RAFAEL. Hay que subir al terrado.
(*Consuelo va a hablar. El la interrumpe.*)
Consuelillo se oponía;
creció el tono; disputamos;
y usted que salió.

PACO. (*Por Consuelo.*)
Hizo bien.

RAFAEL. ¿Cómo?

PACO. Que era lo sensato.

RAFAEL. Entonces, ¿se niega usted
también?

PACO. ¿Le parece extraño?
Creo estar en mi derecho.
Es mi casa. En ella mando.
No entra usted. Se lo prohibo.
Y no a fuer de propietario.

RAFAEL. ¿De qué, entonces?

PACO. (*Empezando a perder la paciencia.*)
¿Todavía
no lo entiende? ¡De hombre honrado!
¡Ni ustedes son lo que dicen
ni tengo por qué escucharlos!

AFAEL. ¡Sin alterarse! Le advierto
que es malo desafiarnos.
No a nosotros—ya me entiende—
que en esto nada pintamos:
al grupo... y conste que yo,
porque advierta, no amenazo.
Pero no se deje ver
por ahí, si se estima en algo.

PACO. ¡Fuera de aquí, miserables,
o no respondo!

RAFAEL. ¡Cuidado!
no crea usted que venimos
sin armas.

(Va a irse a las manos con gran susto de Consuelo, cuando llega de la calle JUAN ROMAN.)

J. ROMAN. *(Entrando.)*
¿Qué ocurre, Paco?
(Sensación. Rafael y los suyos con respeto.)
¿Qué hacéis vosotros aquí?
¿Así cumplís los mandatos
que se os dan?

RAFAEL. ¿No era esta casa?

J. ROMAN. ¿Torpes también?

RAFAEL. Pero...

J. ROMAN. ¡Vamos!
¡Sin replicar! Os esperan
dos portales más abajo.

RAFAEL. *(De mala gana.)*
¿Usted no viene?

J. ROMAN. Ya iré.
¡Hala! ¡De prisa!
(Rafael y los suyos se van.)

CONSUELO. *(Para sí.)*
¡Dios santo!

J. ROMAN. *(A Paco.)*
Perdona.

PACO. *(Con profundo sarcasmo.)*
¿Entonces...? ¿ha sido
un error?

J. ROMAN. *(A Consuelo.)*
¿Quieres dejarnos?
Necesito hablar con él.
(A Paco mientras ella se va.)
Dos palabras y me marcho.
(Pausa. Se va Consuelo.)

¿Y Rosario?

PACO. Salió; ¿querías verla?

J. ROMAN. Siempre. Pero es mejor que haya salido.
Una mujer estorba entre dos hombres
y hoy deseo tan sólo hablar contigo.

PACO. Pues empieza.

(*Una pausa hostil. Romero mira fijamente a Juan Román.*)

J. ROMAN. ¿Qué miras?

PACO. Si es posible
que tú seas el mismo.

J. ROMAN. ¡Las vueltas que da el mundo! Cabecilla
de granujas, ¿verdad?

PACO. No.

J. ROMAN. No lo has dicho,
pero lo piensas.

PACO. Sí.

J. ROMAN. Nunca creísteis
ni tú, ni ella, ni nadie en torno mío
que mis predicaciones pasarían
de ser eso: palabras sin sentido.
Ahora son realidad y aun lo dudáis.

PACO. Por tu desgracia, no. Ya lo hemos visto.
¿Qué te propones?

J. ROMAN. No lo entenderías.
Es difícil a fuerza de sencillo,
aceptar, como medio para el bien,
que sea el mal el único camino.

PACO. Si la felicidad llega a través
del dolor, no la quiero.

J. ROMAN. Me lo explico.
Confundes lo esencial con lo accesorio.
Tu Dios es todavía el individuo.

PACO. Acabemos; ¿qué intentan esas gentes
que han salido de aquí? Ten valor. Dilo.

J. ROMAN. ¿Por qué me lo preguntas, si lo sabes?

PACO. Para ver si confirmo
mis sospechas.

J. ROMAN. Pues... eso:
abrirse paso contra todo.

PACO. ¿A tiros?

J. ROMAN. A tiros se lo abrió la humanidad.
Desde que el hombre es hombre, han dirimido
sus contiendas matando.

PACO. Entonces, ¿somos

combatientes distintos?
Tú y yo, los camaradas entrañables,
desde hoy ¿nos declaramos enemigos?

J. ROMAN. Yo tuyo aun no lo soy.

PACO. Pero yo sí.
Tuyo y de cuantos, ciegos o aturdidos,
siembran el odio en derredor. Repugno
todo redentorismo
que se impone con sangre.

J. ROMAN. Es natural.
Sentimental y ególatra, tu instinto
presiente que peligra tu sosiego.
El arte es una forma de egoísmo.
Encastillado en él nada te importan
el bien y el mal, lo humano y lo divino.

PACO. ¿Me crees un escéptico?

J. ROMAN. Tampoco.
Para mirar la vida, un San Francisco.
Acabarás, como él, llamando hermanos
al lobo y al cordero.

PACO. Comunismo.
Concluye, Juan Román. Puede venir.

J. ROMAN. Y temes que me vea. ¡Te has vendido!
Es cierto. Has dicho bien. Los camaradas
fraternales desde hoy son enemigos.
Pues tú disculparías mis errores,
yo tus debilidades y egoísmos,
si entre los dos tan sólo
hubiese un modo de pensar distinto.
Pero hay una mujer, y eso es lo grave.
Lo que ahonda este abismo
que, al parecer, abrieron las ideas
y es ella quien lo abrió. Te has erigido
en tutor de sus actos y a medida
que ganas su favor, yo pierdo sitio.
Paco, no sospechaba esta ruindad.

PACO. ¡Juan Román!

J. ROMAN. Sé que has sido
mi salvador. Te debo
la vida. Tómala. Ni aun eso es mío.
Pero en punto a pagártela con creces
el favor que me hiciste te has cobrado tú mismo.

PACO. De ella ¿no pensarás una bajeza?

J. ROMAN. De ella, no; de ti, sí. Y a eso he venido.

A que echemos las cartas boca arriba
y a que juguemos limpio.
Desde la tarde aquella en que, en tu estudio,
los tres nos encontramos reunidos
por burlas del azar, y a defenderla
saliste contra mí con tanto brío,
comprendí, en el acento de tu voz,
que ya éramos rivales los amigos.
Después las circunstancias agrandando
de tal manera la distancia han ido
que hoy nada hay de común entre nosotros
que pudiera volver a reunirnos.
Por el momento, tú eres el más fuerte.
Ella aun me quiere. Pero estoy vencido.
Porque mientras mis actos la intimidan,
tú la infundes valor y apaciguas su espíritu.
¡Ya ves si te has cobrado con usura!
¡Ya ves si fuiste desleal conmigo!

PACO. Puesto a decir verdades, van las mías:
la quiero, sí. ¡La quiero con delirio!

J. ROMAN. ¡Así me gusta que hables!

PACO. Pero escucha.
De hombre a hombre, sin farsas ni artificios,
¿cuál de los dos en este caso nuestro
es más merecedor de su cariño?
¿Tú o yo?

J. ROMAN. Tú lo sabrás.

PACO. Y tú también.
Tú sabes, como yo, que eres indigno.

J. ROMAN. Sin quererlo.

PACO. Es verdad. Juguete de una
fatalidad hostil de que tú mismo
ni aun eres responsable. Pero vuelve
los ojos hacia atrás. ¿Cuál tu destino?
Acarrear el daño y la vergüenza
de cuantos en la vida te han querido.
Militar, tu inquietud fué indisciplina;
rebeldía y desorden, tu heroísmo,
y porque te exigieron lealtad
te diste a conspirar. Y cuando vino
el triunfo de los tuyos y premiaron
tu esfuerzo con largueza, diste un giro
en redondo y mezclándote
en este inexplicable torbellino,

te sumaste a la causa de Marchena,
tomando tu inquietud nuevo sentido.

'. ROMAN. Sin buscarlo también.

'ACO. Pero inconstante.
A merced de tus últimos amigos.
En cuanto a esa mujer... ¿Para qué hablai
si su gran perfección tampoco has visto?
Era buena... Era hermosa... Te adoraba.
La quisiste llevar por tus caminos
de indignidad. A tiempo lo advirtió
y aun lo supo olvidar. ¡Ve si te quiso!
Y tú correspondiste a su grandeza
escarneciendo en otras su cariño.
Con todo has sido ingrato: con la patria,
con el amor y con la gloria... Y rico
de cuanto puede apetecer un hombre
todo lo has derrochado y lo has perdido.

'. ROMAN. No me arrepiento.

'ACO. ¡Allá con tu conciencia!
Pero pruébame ahora que eres digno.

'. ROMAN. No vine a convencerte.

'ACO. Ni yo a ti.

Г. ROMAN. Y en nada rectifico.
Me importan otras cosas mucho más.

(*En este momento empieza a oírse un lejano tiroteo.*)

?ACO. ¿Esas?

'. ROMAN. Esas. No en sí. Ya te lo he dicho.
Para llegar a otras. Pero sábelo:
cuando la lucha acabe y más tranquilos
podamos discutir, si no me guardan
las rejas de un presidio,
o antes, atravesado en la pelea,
de una bala enemiga no he caído,
fallaremos el pleito para siempre.
¿Comprendes? ¡Para siempre!

'ACO. Así confío.

. ROMAN. Conquístala entre tanto. ¡Cuantas más
dificultades hallo en mi camino,
más me gusta vencerlas! Y ya sabes:
desde hoy, los camaradas enemigos.

(*Se va. Inmediatamente sale* CONSUELO. *Con gran ansiedad.*)

CONSUELO. ¿A qué vino ese hombre?

'ACO. No lo sé.

CONSUELO. Después de tanto hablar ¿nada te dijo?

PACO. De sus ocultas intenciones, nada.
De lo que no me importa, sí; excesivo.
(*Da un paso hacia la calle.*)

CONSUELO. ¿Dónde vas?

PACO. ¿Por Rosario? Salió sola
y me inquieta su vuelta.

CONSUELO. Iré contigo.

PACO. Mira que es temerario.

CONSUELO. No me importa.

PACO. Que el peligro está cerca.

CONSUELO. ¡Anda te digo!
Quiero correr tu suerte. Si nos matan
que nos maten al menos reunidos.
(*Se echa un velito por la frente y salen. En seguid vienen por el foro SOR BELEN, SOR ALEGRIA, SO CLARA y hasta CUATRO MONJITAS más. Todas meno Sor Alegría dan muestras de gran susto. Visten de segla y cada una trae consigo los útiles de labor.*)

S. BELEN. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

S. CLARA. Aquí no hay miedo.

MONJA 1.a Si seguimos allí, ¡Virgen María!

MONJA 2.a Yo me sentí morir.

MONJA 3.a Yo en la agonía.

S. ALEGRIA. ¡Yo me quedé tan fresca!

S. BELEN. ¡Qué denuedo!
¡Atreverse a salir Sor Alegría,
para ver qué pasaba en la calleja!

MONJA 4.a ¿Y qué vió?

S. ALEGRIA. Una patrulla de soldados
y unos hombres armados
disparando al resguardo de una reja.

S. BELEN. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

S. CLARA. Vaya, no es cosa
de pasarnos la tarde en un gemido!

MONJA 1.a Como esta parte cae más silenciosa
sigamos trabajando.
(*Continúan la labor. Pausa.*)

S. ALEGRIA. ¿Y Sor Olvido?

S. CLARA. Salió.

S. BELEN. Temeridad en este día.

S. ALEGRIA. ¡Qué hermosa libertad!
(*Suspirando.*)

S. CLARA. (*Otro suspiro.*)
¡Quién la tuviera!

S. ALEGRIA. Yo la envidio.

MONJA 1.ª Yo no.

S. ALEGRIA. Yo, aunque supiera
que me iban a matar, me escaparía.

S. CLARA. Y yo con ella.

S. BELEN. (*Regañona.*) ¡Siempre casquivanas!
Ya sé que ayer, Sor Clara, en el jardín,
la vieron, tras del seto de lianas,
pintándose los labios de carmín.

S. CLARA. Con los tubitos del señor pintor.

S. BELEN. Y el espejo de mano ¿era también
de nuestro respetable protector?

S. CLARA. De alguien que lo trajera.

S. BELEN. ¡A saber quién!

S. ALEGRIA. Alguna señorona
de esas que en coche a retratarse vienen.

S. CLARA. ¡Retratadas por él!

S. ALEGRIA. ¡Qué suerte tienen!

S. BELEN. Hay quien terminará siendo bribona.

MONJA 1.ª (*Escandalizada.*)
¡No diga eso, hermana!

S. ALEGRIA. Porque sienta
que la vida es hermosa de vivir
no es bastante razón para decir
que somos pecadoras.

S. CLARA. ¡A la cuenta,
no se puede soñar!

MONJA 2.ª Ni sonreír.

(*Pausa. Vuelven a oírse los disparos de antes pero más próximos. Las monjas se persignan. Se deshace el grupo. Sor Alegría y Sor Clara se asoman a la cancela. En este momento se oye la detonación seca de un disparo cercano, y aparecen en la calle RICARDO y su amigo JOSE. Se les ve vacilar sin saber dónde refugiarse. Sor Alegría les abre la cancela.*)

S. BELEN. ¡Jesús!

S. ALEGRIA. Pasen. No se queden
ahí.

MONJA 1.ª ¡Fué un tiro aquí cerca!
(*A Sor Belén temblando.*)

RICARDO. Está tomada la calle.
(*A su amigo.*)
Entra, José.

JOSE. (*Entrando.*)
Con licencia.

RICARDO. Aquí... este amigo... Hasta que
(*A Sor Belén.*)
posible marcharnos sea;
si ustedes nos dan amparo.

S. BELEN. ¿No le dije que no fuera?
Ya ves cómo no eran ganas
de asustarle, mi advertencia.

RICARDO. Han puesto ametralladoras.

JOSE. A nadie acercarse dejan.

RICARDO. ¿Y Consuelillo?

S. ALEGRIA. Salió.

S. BELEN. ¿Salió?

S. CLARA. Y don Paco con ella.

S. BELEN. Y Sor Olvido también.

RICARDO. Pues mal hecho. Su imprudencia
puede costarles muy cara.

S. ALEGRIA. (*Que no se aparta de la cancela.*)
Precisamente aquí llegan
los tres...
(*De pronto asustada.*)
Pero, ¡miren!

RICARDO. ¿Qué?

S. ALEGRIA. No sé.
(*Todos se han acercado a la cancela.*)

RICARDO. ¡Consuelillo!
(*Lo ha dicho al ver a CONSUELO que aparece en la calle sostenida con dificultad entre ROSARIO y PACO, quien llama desde la calle.*)

PACO. ¡Vengan!
(*Sor Alegría ha abierto la cancela, que cerró con llave al entrar. Ricardo y José. Todos acuden en auxilio de Consuelo.*)

S. BELEN. ¡Santo Dios!

JOSE. ¿Herida?

PACO. Sí.
(*Paco y Rosario entregan a Consuelo a las monjitas que se hacen cargo de ella.*)

JOSE. ¿Cómo fué?

PACO. Junto a una reja.
Al pasar... Un tiro suelto.

ROSARIO. (*A las monjas, señalando hacia la puerta de la derecha.*)
Entrenla allí. Donde pueda

echarse.

BELEN. ¡Jesús! ¡Jesús!

(Haciendo mutis con las monjitas y Consuelo. Todos hacen mutis, menos Rosario.)

OSARIO. ¡Otra víctima indefensa!

(Va a hacer mutis. En el mismo instante se oye dentro un toque de atención seguido de un confuso griterio. Cruzan por la cancela unas sombras que huyen, cuando aparece JUAN ROMAN, desencajado, pálido, fuera de sí. Se agarra a los hierros de la reja, que Sor Alegría volvió a cerrar, y sacudiéndola con desesperación dice:)

ROMAN. ¡Por lo que quieras más en este mundo!
¡Abre, Rosario! ¡Ten piedad! ¡Me matan!
¡Abreme!

OSARIO. ¡Juan Román!

(Rosario abre. El entra. Ella cierra. Empieza a sonar el tableteo de las ametralladoras.)

ROMAN. ¡Dios te lo pague!
Nada más que un segundo y me ametrallan.

(Entran. El evita ser visto desde fuera.)

Todo se ha descubierto. Estoy perdido.

OSARIO. ¿Qué puedo hacer para salvarte?

ROMAN. Nada.
Ni yo nada te pido. Es decir, sí;
me abraso, tengo fiebre: ¡un sorbo de agua!

(Da tales muestras de excitación, que ella le contempla compadecida.)

OSARIO. ¡Pobre!

(Va a un cantarero. Llena un vaso y se lo ofrece. El bebe con avidez.)

Bebe despacio... Pero ¿tiemblas?

ROMAN. ¡De desesperación! ¡De ira! ¡De rabia!
¡Fracasar por los mismos
en que más confié. ¡Traidores!

OSARIO. ¡Calma!

(Otra pausa. El ruido de las ametralladoras se ha extinguido, hasta cesar por completo.)

Ya se van.

(Mirando por la cancela.)

ROMAN. Debo entonces salir.

OSARIO. No. Cuando vuelvas
a dominar tus nervios.

(Todavía otra pausa. El se deja caer en una silla. Ella se le acerca compadecida.)

¡Qué desgracia!

¿Ves lo que has hecho? ¿Ves? ¡Si no podía
conducir a otra cosa tu insensata
conducta! ¡En nada bueno
tenías que acabar con gentes malas!

J. ROMAN. ¡Eso no! Mi intención, mis ideales
no dejan de ser nobles. ¡No se manchan
porque media docena de cobardes
falten, villanamente, a su palabra!

ROSARIO. ¡Tu intención! ¡Tu ideal! Lleno está el mundo
de ideas bellas, de intenciones santas.
Pero la vida es otra. Ya lo ves:
triunfan los hechos; las ideas, fallan.
Pasarán, como todo, tus ideas;
vendrán otras, después, más acertadas,
y el ritmo de la vida irá diciendo
que también, como todas, eran falsas.
Mas entretanto, a semillar dolor;
a encender odios; a reñir batallas,
y a hacer más desgraciados a los hombres
por darles una dicha problemática.

J. ROMAN. Es preciso luchar. A cada empuje
progresa el hombre, se redime, avanza.

ROSARIO. No sé en qué, Juan Román. No me parece
que avancen mucho en perfección las almas.
Los mismos apetitos y pasiones;
los mismos odios por las mismas causas;
el mismo obedecer a los instintos
y la misma ambición desenfrenada.
Que mande Juan o mande Pedro, siempre
hay uno que obedece; otro que manda.

J. ROMAN. Pero si fracasé y hasta mi credo
no me ofrece refugio ni esperanza
ya ¿qué puedo buscar para consuelo?

ROSARIO. La paz del corazón. Dios, que no engaña.
Tú mismo, sin querer, lo has confesado.
Cuando por caridad me suplicabas
que te dejase entrar "¡Dios te lo pague!"
me dijiste después... Y tus palabras,
inconscientes de sí, que no sabían
en el momento aquel lo que expresaban,
invocaron a Dios, a ese Dios bueno
a quien las madres y los niños llaman,
cuyo respeto y cuyo amor aun niño
tu madre dulcemente te enseñaba.

J. ROMAN. ¡Si te hubiera escuchado! Si no fuera tan miserable como soy!

ROSARIO. ¡Bien haya quien se arrepiente! ¿Ves cómo eres bueno? ¿Lo ves? ¡No cambia el alma! Sólo una cosa nos redime a todos: la bondad, el amor...

(*El ha inclinado la frente. Se ve que sufre.*)

¡No sufras! ¡Alza los ojos!... ¡Mírame!

(*Ella le toma la cara entre las manos y le mira de hito en hito. Casi van a besarse.*)

J. ROMAN. ¡Rosario!

(*Rompe a llorar.*)

ROSARIO. ¡Llora! ¡Sé débil un momento! ¡Eso te salva!

(*Sale PACO. Viendo a Juan Román.*)

PACO. ¿Tú aquí otra vez?

ROSARIO. ¿Saben ya?

(*Por Consuelo.*)

PACO. Se muere, según Ricardo.

ROSARIO. ¿Se muere?

J. ROMAN. ¿Quién?

ROSARIO. Consuelillo.

PACO. Herida por tus sicarios.

J. ROMAN. ¿Por los míos? ¿Cuándo? ¿Dónde?

PACO. Ahora. Dos puertas abajo.

J. ROMAN. Entonces...

ROSARIO. ¿Qué?

J. ROMAN. Rafael.

PACO. ¿Eh?

J. ROMAN. Rafael, su cuñado o sus gentes.

PACO. Ellos, no.
Ellos fueron arma; brazo
que ejecuta. Fuiste tú.
Tu semilla ha germinado
y este es el fruto que da.

(*Mostrando la puerta de donde se supone que está Consuelillo.*)

¡Mira...! ¡Ya ves si es amargo!

(*Pausa. Juan Román abatido inclina la cabeza con pesadumbre.*)

Tendida en su blanco lecho,
sonriente todavía,

con una bala en el pecho
sucumbe, sin haber hecho
daño a nadie, Andalucía.
Esa mocita juncal,
resignada y generosa,
que no hizo nunca otra cosa
que devolver bien por mal
y darse entera y carnal
como a la mano la rosa.
Para sufrir, resignada;
para amar, apasionada;
para exigir, desprendida.
Ya ves tú: ¡me dió su vida
y no me ha exigido nada!
Yo la pinté... Misteriosa,
con sus ojos de sibila.
Triste, risueña, tranquila,
encelada, recelosa;
envuelta en la seda airosa
de un pañuelo de Manila,
o en el fondo recortado
de una tapia y un ciprés,
con un capote a los pies
y una flor en el costado.
Pobre, silenciosa, buena.
Tan sufrida y tan callada.
¡Digna de ser venerada
en las grutas de Aracena,
o en su toldo, en el estruendo
jubiloso del gentío,
ir a Huelva, presidiendo
las carretas del Rocío!
Pero todo concluyó.
No hay salvación que la espere...
Un plomo la atravesó
y aunque no se mereció
la herida de que hoy se muere,
tendida en su blanco lecho,
sonriente todavía,
con una bala en el pecho
sucumbe, sin haber hecho
daño a nadie, Andalucía.

(Pausa, Juan Román, de pronto, resuelto.)

J. ROMAN. ¡Abre!

ROSARIO. ¿Para qué?

J. ROMAN. Me voy.

ROSARIO. ¿A dónde?

J. ROMAN. ¿Qué importa? Tiene
razón. Pues yo soy culpable,
a donde sea. A la muerte
si es preciso.

(Paco vacila. Rosario, con vivo arranque.)

ROSARIO. Yo abriré.
Pero a él salir no le deje.
Soy yo la que sale.

PACO. ¿Usted?

ROSARIO. Cuando hay sagrados deberes
que cumplir, no se vacila:
A salvarle o a perderle.
El, que no salga.

(Rosario abre y se va. Juan Román en un grito.)

J. ROMAN. ¡Rosario!

PACO. ¡Quita!

(Interponiéndose.)

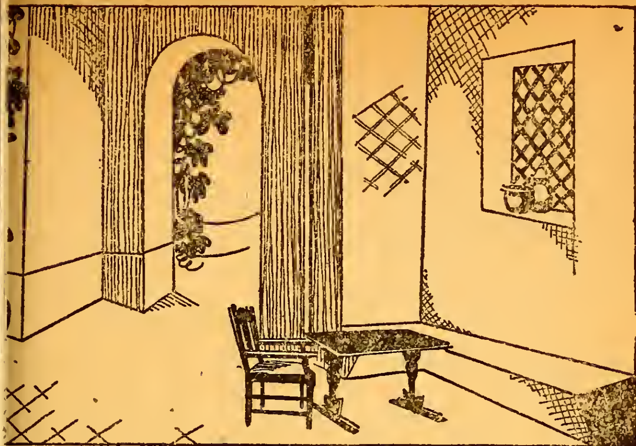
¡Ya ves si te quiere!
Y ve si te soy leal
que pude impedir que fuese
a lo que va y no lo hice.
Compara los procederes.
Y ahora, ya estamos solos.
Anda..., mátame si puedes.

(Nueva pausa. Juan Román inmóvil.)

¿Desistes? Pues haces mal.
¡Por que ay de ti si no vuelve!

TELON MUY RAPIDO


MERLO-



ACTO TERCERO

ι misma decoración del acto segundo. Sobre un banco una maletita abierta.

(En escena PACO solo, pintando. Llegan de la calle RICARDO y JOSE.)

ICARDO. ¡A la paz de Dios, don Paco!
ACO. ¿A la paz?
ICARDO. ¿Está mal dicho?
ACO. Pues, ¿va habiéndola?
OSE. Parece.
ICARDO. Ya se nos deja tranquilos.
ACO. Por ahora.
ICARDO. ¿Usted supone?...
ACO. Lo que ustedes. Desconfío.
Pasen. Acérquense.
OSE. *(Mirando la pintura.)*
¡Guapa
la modelo!
ACO. Sor Olvido.
ICARDO. ¿La pinta usted de memoria?

¿Cómo si no? Ella no quiso
prestarse. Yo me empeñé
y no sé si acierto

RICARDO. ¡Digo!

JOSE. Hablando está.

RICARDO. Pero hablando
su propio lenguaje. El mismo
dulzor, el mismo mirar,
y en todo su propio hechizo.

JOSE. ¡Por algo es usted maestro
de maestros!

PACO. ¡Pare, amigo!
Maestros, lo que se dice
maestros, tres sólo ha habido,
Uno, Rafael, el Guerra.

JOSE. ¡El Califa!

RICARDO. En lo taurino.

PACO. Otro, el gran Chacón.

RICARDO. El rey
del cante.

PACO. Y no necesito
decir, que por cima de éstos,
un don Nadie: Jesucristo.
El que dictó el Evangelio
que hoy está en quiebra...

RICARDO. Lo firmo.

PACO. Y no hay más maestros. Luego
quedamos los maestrillos:
artistas, aficionados...
Gente de poco, con visos
y ribetes de don Alguien.
¡Casi, casi, monaguillos!

JOSE. ¡Qué cosas dice don Paco!

PACO. Supongo que habrán venido
a ver cómo pintan ellas
más que a ver cómo yo pinto.
Pasen. Allá dentro andan.

JOSE. No hay prisa.

PACO. Le felicito
José. Ya sé que eso va
viento en popa.

JOSE. Suerte ha sido

PACO. Para usted, Sor Alegría

vale un Perú.

IA. ¡Que fuí listo!
Le gané un tanto a la Iglesia.

CO. No presuma.

CARDO. Estaba escrito.

CO. Es lo eterno. La encerraron
cuando niña. Hasta hoy no ha visto
lo que era el mundo, y ahora
no usted, quien la llama a gritos
es la vida, es el amor.
Apúntese el tanto, digo,
pero no se vanaglorie
de buen jugador. Más fino
juega Ricardo y parece
que no hay quien le diga: envido.

ARDO. No, señor; no me lo dicen.
Pero yo soy terco y sigo.
Aunque usted, me creo yo,
que en lo de jugar con tino
nos da cruz y raya a todos.

O. Y sin embargo he perdido
por completo la partida.

ARDO. ¿No insiste?

O. No. Me retiro.
Me voy a Italia.

ARDO. ¿Y a eso
llama retirarse?

O. Visto
que nada logro...

ARDO. A viajar.
El recurso de los ricos.
(*Se ríe.*)

O. ¿De qué se ríe?

ARDO. De nada.
De que haya usted elegido
Italia para olvidar.
¿Se van las monjas?

O. Hoy mismo.

ARDO. ¿A dónde? A Italia también.
(*Vuelve a sonreír.*)

O. ¿Malicia?...

ARDO. No. No malicio.

Pero, dígame, don Paco,
si no hace usted el juego fino.
Por que supongo que a Italia
irá también Sor Olvido...

PACO. (*Ha recogido los trastos de pintur.*)
Vaya...

RICARDO. ¿Se marcha?

PACO. Al jardín.
José, ¿viene usted conmigo?
Alegría estaba en él
cortando miramelindos.

JOSE. Y el onceno no estorbar,
que allí viene Consuelillo.

(*Se van José y Paco al jardín. Sale CONSUELO*)

CONSUELO. ¡Temprauo aquí!

RICARDO. Por si se iban
las monjas.

CONSUELO. ¿Tanto cariño
las tomó?

RICARDO. Tanto. Y con miedo
de que usted se hubiera ido
con ellas.

CONSUELO. No me dejaron.
Si fuese por gusto mío
puede ser. Pero a Rosario
se lo dije y no ha querido
llevarme. Dice que aquí
está mi deber.

RICARDO. Y estimo
que es verdad. Aunque por quien
se lo dijera no atino.

CONSUELO. Tampoco yo.

RICARDO. Y que quizás
se equivoca en lo que quiso
significarla.

CONSUELO. No suele.

RICARDO. Si es por el pintor, de fijo.

CONSUELO. ¿Usted cree?

RICARDO. Estoy seguro.
Aconsejarla ha debido
que le siguiera.

CONSUELO. ¿Seguirle?
(*Con gran extrañeza.*)

¿A dónde?

CARDO. ¿No se lo ha dicho?
A Italia.

NSUELO. ¿Qué se va a Italia
Romero?

CARDO. Romero mismo
tras ella..., a distancia.

NSUELO. (*Negándose a creerlo.*) ¡No!

CARDO. Sin confesar el motivo
nos lo acaba de decir.

NSUELO. (*Con gran desaliento.*)
¡Oh!

CARDO. Perdón si la ha dolido.
No quise mortificarla,
Consuelo... Pero es preciso
que esto acabe de una vez.
¿Tan ciega está usted? ¿No ha visto
lo que sucede? ¿No ve
que el suyo es pleito perdido?
¿Por qué no me escucha?

NSUELO. ¡Calle!
¡Vea que sufro!

CARDO. Y yo, ¿río?
¿No padezco con usted?
¿No son sus pesares míos?
Mire que estamos jugando
a lo imposible. El destino
se burla de usted, de mí,
de Paco y de Sor Olvido.

NSUELO. Verdad. ¡Burlas de la vida!
¡Todos el amor pusimos
en quien no quiere querernos!

CARDO. Y usted más que nadie. Ha sido
escarnecida por quien
no la merece.

NSUELO. ¡Repito
que no siga censurándole!

CARDO. ¡Perdón, Consuelo! Está visto
que hablar de Paco Romero
es herirla en lo más vivo!
Pero, por última vez:
si aun de mí no ha recibido

bastantes pruebas de amor,
pida.

CONSUELO. No. Más sacrificios
no. Sería ingratitud
por mi parte. No he querido
herirle en sus sentimientos.
¡Le debo tanto! ¡Le estimo
tan lealmente!

RICARDO. No es eso.
No es gratitud lo que pido.
Es lealtad. El que usted
aún quiera al que tanto quiso
no me extraña. ¡Estoy tan hecho
a oírselo en sus delirios!
¡Cuántas noches a su lado,
sólo, en el ámbito frío
del sanatorio—y discúlpeme
si horas ingratas revivo—
sentado a la cabecera
de su lecho, estremecido
de emoción la oí nombrarle
con tal pasión que, al oírlo,
deshecho en llanto lloré
como en mis tiempos de niño!
Y tenía la conciencia
de que—mi deber cumplido—
si usted vivía no era
para mí. ¡Si hay heroísmo,
ninguno como este, créalo!

CONSUELO. Si. ¡Bien cruel! ¡Pobre amigo!
¿Por qué puso usted los ojos
en el barro del camino?
Si es posible que ese barro
llegue otra vez a ser digno
quizá en sus manos, Ricardo,
se vuelva un día distinto.
No puedo decirle más.

RICARDO. Gracias. Ni yo más la pido.

(Le tiende la mano. El se la estrecha. Ricardo se va y queda sola Consuelo.)

NSUELO. ¡Tras ella a Italia! Es inútil.
Se cumplirá su destino.

(*Sale ROSARIO. Trae unos paquetes y unos libros. A Consuelo, entregándoselos.*)

OSARIO. Ten. Mientras voy allí dentro
doblándote los vestidos,
guarda eso ahí. Pon debajo
los paquetes y los libros.

(*Se va Rosario. Consuelo empieza a guardar los objetos que le entregó Rosario en la maleta. Entra PACO.*)

CO. ¿Dijiste que el coche esté
a las cuatro prevenido?

NSUELO. Así lo dije.

CO. ¿Que hará
dos viajes?

NSUELO. Dos viajes.

CO. ¿Vino
el maletero a llevar
los bultos?

NSUELO. Vino y se ha ido.

CO. Tú y yo con Rosario iremos
a la estación.

NSUELO. Entendido.

(*Pausa. Ella ha terminado de guardar los paquetes.*)

¿Nada más?

CO. Nada.

(*Ella va a hacer mutis. El la llama. Consuelo vuelve.*)

¡Consuelo!

NSUELO. ¿Qué quieres?

CO. ¿Y el mediquillo
se marchó?

NSUELO. Sí. Se marchó.

CO. Muy pronto le has despedido.

NSUELO. (*Contrariada, deseando irse.*)
Me esperan.

CO. Pues ve. Por mí
no tardes.

NSUELO. Con tu permiso.

(*Mutis. Paco solo.*)

CO. ¡Qué pena, verla sufrir
y no poder impedirlo!

(*Vuelve ROSARIO. Trae en la mano un rimero de ro-*

pas y prendas, cuidadosamente dobladas. Entre ellas una mantilla.)

ROSARIO. ¿Y Consuelillo?

PACO. Allá fuera.

(Por el jardín.)

¿Quiere que la llame?

ROSARIO. No.

PACO. ¿Me deja, entonces, que yo
la ayude?

ROSARIO. Como usted quiera...

(Le da un rimero de ropas.)

PACO. En esto de preparar
yo mismo los equipajes
no hay quien me pueda igualar.

ROSARIO. ¿Pues hace usted muchos viajes?

PACO. Algunos. Para matar
el tedio.

(Desdoblando una mantilla que ha salido debajo de todo.)

¿Qué sale aquí?
¡Buena mantilla de encajes!
¿Legado materno?

ROSARIO. Sí.
De mi madre la heredé.
A su boda la llevó;
Por eso la conservé.

PACO. Pero, ¿se la pone?

ROSARIO. No.
Ni es propio de mí ni ya
se usa apenas.

PACO. Eso es cierto.
¡Otra costumbre que ha muerto!

ROSARIO. Algún día volverá.

PACO. Lo dudo. ¡De tal manera
Sevilla en todo ha cambiado,
que hasta cambió de tocado!
¡En nada es la misma que era!

ROSARIO. Bien dice:... Yo no sé en qué;
pero cambió de tal modo,
que la halló distinta en todo.
No, no es la misma que fué.
Antes, vivir en su seno

era en la gloria vivir;
era alegrarse y sentir
bajo su perfume lleno
de un opio adormecedor,
todos los sueños de Oriente
desgranados en la fuente
del patio acariciador.
Era la copla en la noche
junto a la reja de plata.
Era el tablado. La bata
de faralaes. Y broche
para los colores vivos
de este azulejo español;
era una mancha de olivos
bajo una embriaguez de sol.
Mas hoy... ¡Qué otra Sevilla
tan distinta vino a ser!
¡Ya ni se atreve a poner
casi nunca la mantilla!
¡La mantilla sevillana
que empolvada en el ropero
se apolilla!
¡Qué pena, Paco Romero,
ver que hoy llevan con desgana
la mantilla!
Relicario de mis sueños
yo la tenía guardada,
y entre sus hilos sedeños
a veces, solicitada
por mis recuerdos profanos,
hundía los dedos y era
como si el mundo volviera
a revivir en mis manos!
Caudal de seda rizada
cayéndome por el hombro,
daba envidia, era el asombro
de toda la barriada.
Al ir por las callejuelas
entre un crujido de raso
cien ojos en las cancelas
estaban de centinelas
para contemplar su paso.

Y airosa prenda bravía
que casi al tobillo alcanza,
ni en mantos de pedrería
mayor riqueza tenía
la Virgen de la Esperanza.
La Virgen se la ponía.
Y en la procesión, inquieta,
Corpus Cristi o Jueves Santo,
dando al aire una saeta
se estremecía en el canto
de carey de la peineta.
¡Mantilla de cien ramales!
La que en las tardes triunfales
—feria, toros, manzanilla—
volcaba en la barandilla
de la grada sus torzales!...
¡Luminosa madroñera
que, extendida en la barrera,
fingía, graciosamente,
un cerezo que cayera
desbordado en espaldera
sobre el ruedo reluciente!
¡Prenda que en su sencillez,
femenina y triunfadora,
sabía ser tan señora
y tan del pueblo a la vez,
que hasta la Giralda mora,
mujer de rumbo y trapío,
como si fueran encajes
se envolvía entre celajes
para mirarse en el río...!
Tiene usted mucha razón.
Si una ciudad apegada
a su antigua tradición
no se deja adulterar,
los tiempos no influyen nada.
Pero hoy la nuestra se humilla
y no la podrán salvar.
¡Por que igual que la mantilla,
el alma perdió Sevilla
y no la ha vuelto a encontrar!...

(Pausa. Dentro ruido de cascabeles. Salen S. CLARA

y las MONJAS 1.ª, 2.ª *y* 3.ª *con paquetes que van dejando en el foro.)*

ROSARIO. ¿Ya está todo dispuesto?

MONJA 1.ª Casi.

S. CLARA. Falta ir poniéndolo allí.

PACO. Pues yo las dejo.

ROSARIO. Pero ¿se va?

PACO. Sentí los cascabeles
del coche y salgo a ver. Me asomo y vuelvo.
(Se va.)

S. CLARA. ¿Qué hora sonó?

MONJA 2.ª Las cuatro.

S. CLARA. ¿Y el tren sale?

MONJA 3.ª A las siete.

MONJA 1.ª No hay prisa.

S. CLARA. Yo eso creo.

ROSARIO. ¿Siente mucho marcharse de Sevilla?

S. CLARA. ¡Imagínese usté! ¡Con este cielo!

ROSARIO. Donde vamos también es muy azul.

MONJA 1.ª No es sólo el cielo, hermana.

ROSARIO. *(A Sor Clara.)* ¿Esas tenemos?

MONJA 1.ª La ocasión...

MONJA 2.ª El ambiente...

MONJA 3.ª Los jazmines...

S. CLARA. Si esto es una caseta de feria, no un convento.

CONSUELO. *(Saliendo.)* Ya está el coche dispuesto.

ROSARIO. Pronto.

CONSUELO. Sí.
Paco le hizo venir con mucho tiempo.

S. CLARA. Como ha de hacer dos viajes.

MONJA 1.ª Y que cae
la estación muy distante.

CONSUELO. No es por eso.
Es que a Paco le gusta. Se recrea
en atronar el barrio con los ecos
de las colleras y los atalajes.
Más que un pintor, parece un ganadero.
Tiene en todo sus gustos y aficiones.

ROSARIO. Que es andaluz de raza.

S CLARA. ¡Y de los buenos!

CONSUELO. Cuando viene a Sevilla, nunca trae
el automóvil. Desentona en estos
callejones angostos, según él.

MONJA 1.ª Le alabo el gusto.

S. CLARA. Y yo, que están pidiendo
un buen mozo a caballo ante la reja
o un gran tronco de mulas a lo lejos.

MONJA 3.ª ¡Ea, no queda más!

(Se van.)

ROSARIO. Tú no te marches.

(A Consuelo.)

Necesito de ti. Cerremos eso
y apresura si puedes mi partida.

CONSUELO. *(Ayudándola a cerrar el maletín.)*

¿Tienes prisa en dejarnos?

ROSARIO. Sí la tengo.

CONSUELO. ¡Ingrata! ¿Pues tan mal te hemos tratado?

ROSARIO. No, Consuelo. Ya sabes que no es eso.

CONSUELO. ¿Entonces...?

ROSARIO. *(Después de vacilar.)*

Juan Román, que va a venir
y no le quiero ver.

CONSUELO. *(Sorprendida.)*

Pero ¿es que ha vuelto?

ROSARIO. Así me lo ha anunciado Está en Sevilla,
y quiere verme.

CONSUELO. ¿Y tú?

ROSARIO. Yo no. No quiero.
Por eso, cuanto antes nos vayamos
es menor el peligro.

CONSUELO. Ahora comprendo.
Pero, dime, Rosario, ¿qué ha pasado?
¿Qué ocurrió entre vosotros? ¿Qué secreto
ha habido entre los dos, que no quisiste
contármelo jamás?

ROSARIO. Había hecho
promesa de callar, mientras su vida
estuviese en peligro. Hoy ya no hay miedo.

CONSUELO. Cuéntame. ¿Aquella tarde...?

ROSARIO. Vino a que le amparase en un momento
de peligro. Ignoraba
que Dolores Bermejo
acababa de irse y de ofrecerme
ponerle a salvo. ¿Sabes a qué precio?
A cambio de cederla su cariño.
Renunciando a su amor, hasta en el pensamiento.

NSUELO. ¿Es que tú le querías todavía?
SARIO. ¿Pues lo dudaste acaso? Allá, muy dentro
de mi alma, yo misma
me quer'a engañar con vano empeño,
y para convencerme de no amarle
deformaba mis propios sentimientos.
Me creía curada del pasado,
pero fingía, porque no era cierto.
En toda la conducta de mi vida
¿qué otra cosa alentó que un amor ciego?
Ella se fué segura de su triunfo.

NSUELO. ¿Y tú fuiste a buscarla?

SARIO. ¡Qué remedio!
Para salvarle, ¡todo! Y le salvé.
Pero cumplido mi deber no quiero
volver a verle. Y calla, que aquí salen
otra vez las hermanas.

NSUELO. Pues callemos.

(Se han oído cascabeles muy próximos. Empiezan a salir las MONJAS *en traje de camino. Cada una lleva su cabás o su portamantas y aquellos objetos predilectos de su uso que no quieren abandonar. Una la cesta. Otra el botijo. La Monja 2.ª lleva la imagen de la Divina Pastora que no quiere soltar para nada.)*

ONJA 1.ª Andando.

ONJA 2.ª En marcha.

ONJA. 3.ª Ya es hora.

ONJA 1.ª El cesto.

ONJA 3.ª La cantimplora
y la Divina Pastora.

ONJA 1.ª Falta el botijo.

ONJA. 2.ª Está aquí.
(Sacándolo.)

OSARIO. ¡Callen! ¿Qué es eso? ¿Quién llora?
(Escuchando. S. ALEGRIA sale con JOSE.)

ALEGRIA. Sor Clara.

OSARIO. ¡De verte a ti!

ONJA 1.ª ¡Le da envidia la pareja!

CLARA. *(Saliendo muy compungida.)*
¿Y a quién no?

ALEGRIA. Precisamente
ayer rondaba la reja
de su cuarto un pretendiente.

ROSARIO. (*A Sor Clara.*)
¿Es cierto?

S. ALEGRIA. José lo vió.

JOSE. Alto... Buen mozo... Bien hecho...

S. ALEGRIA. Toda la tarde en acecho
en la calle se pasó.

MONJA 1.ª Vendrá a raptarla.

S. CLARA. Ya no.
Llegó muy tarde el galán.
Tan sólo Sor Alegría
tuvo fortuna.

S. ALEGRIA. Confía,
de aquí a Italia, todavía
¿quién sabe?

S. CLARA. ¡Dios te oiga!

PACO. (*Entrando.*)
¿Están?
preparadas?

MONJA 2.ª Sor Belén
falta.

ROSARIO. Díganla que corra.

MONJA 3.ª Ya viene aquí.

S. ALEGRIA. ¡La cotorra!

S. BELEN. (*Saliendo con una jaula con su correspondiente cotorra y dándose por aludida.*)
Lo de cotorra, ¿por quién
lo ha dicho el lirio pascual?
¿Por el pájaro o por mí?

S. ALEGRIA. ¡Dios me libre! ¿Pues así
no se llama ese animal?

ROSARIO. Anden al coche.

(*Van saliendo todas. Monja 3.ª a Paco, que acude solícito a coger la imagen para llevarla al coche.*)

MONJA 3.ª ¡Cuidado,
que es de yeso la Señora!

S. BELEN. (*Saliendo y persignándose.*)
¡Jesucristo y la Pastora
vayan siempre a nuestro lado!

(*Todas se persignan y salen. Rosario ha salido a la puerta con Paco, como viéndolas marchar. Luego Alegría y José inician el mutis por la calle.*)

ARIO. ¿Se van?

ALEGRIA. A la calle.

E. Un rato.

ALEGRIA. Si usté no manda otra cosa.

ARIO. No.

(*Se van. Rosario viéndoles marchar.*)

¡Qué felices!, ¿verdad?

(*Pausa.*)

O. Se fueron tristes las monjas.
¿Y usté no siente dejarnos?

SARIO. Mucho... Aquí pasé las horas
mejores de mi existencia;
las más graves, las más hondas.
Y hoy... ¡A saber qué me aguarda,
por esas tierras remotas...!

CO. (*Después de dudar un poco.*)
No se marche.

SARIO. Ya...

CO. Si quiere...

(*Otra pausa. Con resolución. La voz cuajada de temblores.*)

Rosario..., estamos a solas.
Lo que nunca me atreví
quiero decírselo ahora...
¡Quédese!... Sé que no es firme
su vocación religiosa.
Va usted al convento por ir
a alguna parte... Y en otras
podría usté hacer a un hombre
feliz y hasta ser dichosa.
Ese hombre soy yo.

SARIO. No siga.

CO. Hoy nada quiero. Mi sola
aspiración es dejar
al tiempo que haga su obra.
Si el convento no la atrae
y aquél poco a poco borra
lo que llenó su recuerdo,
tendrá usted lugar de sobra
para decidir después
si me sigue o me abandona.
Entre tanto, como es esto
lo que mejor acomoda,
me iré lejos. Usted queda,
dueña de esta casa y sola

con Consuelo, quién la hará
más llevaderas sus horas
de dolor... Y yo a esperar
su decisión sin zozobras.
Y a no volver hasta que
libremente usté disponga.

ROSARIO. *(Después de una pausa, en la que se ve el dolor que la cuesta su negativa.)*
No puede ser.

PACO. ¿Por qué no?

ROSARIO. Paco..., la pregunta sobra.

PACO. Creí que el motivo aquel
se esfumaba..., que otra aurora
empezaba a despuntar
dentro de usted; si no rosa
porque a nuestra edad ya es
un color que desentona,
limpia de nubes, al menos
transparente, luminosa.
Como en mí. Ya pintan plata
mis sienes... y el gris que en otras
es dolor, es nieve de años
es desilusión y añora
la juventud, en el cerco
de mi frente es aureola.
¡Llamear del corazón
que en chispas de fuego asoma
porque dentro de sí mismo
baten martillos de forja!
Milagro de usted que hizo,
como una Santa Madona,
nacer de las peñas agua;
brotar de los guijos rosas.
Peña y guijo era mi vida,
árida, oscura, tediosa,
y usted vino a iluminarla
con el blanco de sus tocas.
Mujeres, muchas tenía.
Fueron, siendo tantas, pocas,
por que me faltaba siempre
una: la única entre todas.
Buscaba..., buscaba al hilo
de las almas... y mi obra
no fué si no adoración,
recogida y fervorosa,

al corazón femenino
y a las vírgenes de Córdoba.
Consuelillo, Carmen, Trini,
Fuensanta, Nieves, Carola,
sibilas de la Alpujarra,
y gitanillas de Ronda...
Plegarias que nadie escucha;
mocitas que se deshojan;
melancolías de amor
y desolación de coplas.
Todo hecho mujer. ¡Mujer,
que es la esencia de las cosas!
¡Buscaba..., buscaba al hilo
de las almas en mi obra
y no encontraba jamás
la que era esencia de todas!
Pero vino usted... La Imagen
ya no fué más que una sola
repetida... Y siendo una,
cada virtud de las otras
estaba en ella... ¡Cien almas
en una misma persona!
Y supe amarla y callar
con tal firmeza y tan honda
que ni a entendérselo di.
Para respetarla ahora
y enmudecer, no es preciso
marcharme... Más es forzosa
la verdad entre nosotros.
Se va usted y en esta hora
solemne no he de ocultárselo:
la quiero... No me responda.
Pero no se vaya... ¡Quédese!
No pido más.
(*Pausa.*)
¿Calla?

ROSARIO. Toda
la gratitud que me inspira
para mentirle me estorba.
Por eso callo.

PACO. (*Con profundo desaliento.*)
Ya veo
que todavía una sombra

se alza entre nosotros.
(*Por JUAN ROMAN que aparece en la cancela.*)
Esa.
¡Dejarla el paso me toca!
(*Dirigiéndose hacia la derecha.*)
Entra, Juan Román.

ROSARIO. ¿Se va?

PACO. Soy de los tres el que sobra.
(*Mutis.*)

J. ROMAN. (*Que ha empujado la cancela y se queda en la puerta sin atreverse a entrar.*)
¡Rosario...!

ROSARIO. ¿De nuevo aquí?
¿A qué vienes?

J. ROMAN. A por ti.

ROSARIO. (*Retrocediendo.*)
¿Cómo?, ¿qué has dicho?

J. ROMAN. No sé.
Tal vez una ofensa. Di.
¿Es cierto? ¿Te marchas?

ROSARIO. Sí.

J. ROMAN. Entonces, ¿no te veré
nunca más?

ROSARIO. Es lo seguro.

J. ROMAN. ¡Oh, no, Rosario! ¡Eso no!
En tanto que aliente yo
no sucederá. ¡Lo juro!

ROSARIO. ¿Es posible tu osadía?
¿Qué idea tan baja tienes
de mí? ¿Te has casado y vienes
a buscarme todavía?
¡Estás loco!

J. ROMAN. Voy camino
de estarlo pronto a este paso.
Pero ni acepto el destino
ni me resigno al fracaso.
Verdad. Me casé. Confieso
que hice mal. Pero tú en eso
parte de culpa llevaste.
Y hoy no puedo con el peso
que a mis espaldas echaste.
¡Ya es mucho ceder! ¡Ya es mucho
conformarse con la vida!
¡Al corazón, lo que pida!

¡Matarle? ¡Nunca!

ROSARIO. Te escucho
y no te comprendo bien.
¿No eres dichoso? ¿No tienes
a Dolores, junto a quién
gozas hoy todos los bienes
y riquezas materiales?
¿No eres rico?

J. ROMAN. Justamente.
Y de eso precisamente,
arrancan todos mis males.
De serlo. De haber vendido
mi conciencia sin decoro.
Hoy me arrepiento. He nacido
como el pájaro sin nido
y no moriré metido
en una jaula de oro.

ROSARIO. Siendo así, ¿por qué has cedido?

J. ROMAN. Por flaqueza. Por salvarme
del presidio o de la muerte.
Para no morir, matarme;
por no perderme, perderte.
Fué cobardía librar
la materia y condenar
el espíritu.

ROSARIO. ¡Bien triste!

J. ROMAN. Sí. Más tu la causa fuiste,
que me hiciste desmayar.
El beso que aquella tarde
en tus labios apuntó
sin llegarse a dar, mató,
mi voluntad. Apagó
la llama que ahora no arde
y a los dos nos condenó.
¡Porque a ti no te manchó;
pero a mí me hizo cobarde!
Todo cuanto puede un hombre
que ha sufrido y ha luchado,
ambicionar, se me ha dado:
dinero, fama, renombre...
Pues ya ves, hoy sin dudar,
cambiaría todo eso
porque volviese a apuntar
la promesa de aquel beso

que estuvo en tus labios preso
y no me llegaste a dar!...

ROSARIO. ¡Tarde ya!... ¿Cómo no viste
lo que en él oculto había?

J. ROMAN. Porque tú me lo impediste.

ROSARIO. ¿Yo?

J. ROMAN. Sí. Tú. ¿Cómo podía
sospecharlo, si creía
que al entregarme a Dolores
claramente demostrabas
no amarme, pues renunciabas
para siempre a tus amores?
¿Cómo podía pensar
que era firme tu querer,
si acababas de entregar
mi cariño a otra mujer?

ROSARIO. Yo cumplía mi deber.
En ti estaba el no aceptar.
¡Bien me dolió que aceptases
y que, en tu torpe ceguera,
la verdad no adivinases!
Renunciaba a ti por fuera;
sólo porque te salvases;
pero ante Dios, fuí sincera
y le pedí que influyera
para que tú te negases,
Mas ni él ni tú habéis querido.
Mi fondo de abnegación
pasó desapercibido
para ti.

J. ROMAN. Verdad. Tu acción
sólo luego he comprendido.
Y eso es lo que me ha traído
de nuevo a ti. El comprender
que es inútil pretender
separar lo que nació
fundido para el querer.
Tú mía y yo tuyo.

ROSARIO. ¡No!

J. ROMAN. ¿Te niegas?

ROSARIO. ¿Cabe otra cosa?
Siendo honrada y virtuosa,
¿qué puedes de mí esperar?
Antes... Aún pude soñar.

¡La ilusión es tan hermosa
que hasta para lo imposible
se atreve a esperar su día!
¡Por creer en lo increíble
no peca la fantasía!
Pero ahora... ¿qué pretendes?
¿Que vaya mundo adelante
contigo? Si eso es, me ofendes.
Tu esposa, sí; no tu amante.
¡Así eres en todo!... Sueñas...
Cuando las cosas están
a tu alcance, las desdeñas.
Y cuando ves que se van
para siempre de tu lado,
te afanas deseperado
por volverlas a tener.
Pero eso no puede ser.
Lo que ha pasado, ha pasado.
¡Y este amor se ha deshojado
sin que llegue a florecer!
Como para ti vivía
humilde se te ofrecía
cuantas veces te encontraba.
Pero en su lenta agonía,
¡otras tantas le dejaba
tu orgullo, para otro día!
Incansable buscador
de una imposible quimera,
querías, lo que no era.
Y en tu vagar soñador,
teniendo al lado el amor
dejaste que se extinguiera.
¿Cómo hoy quieres que no muera,
si pasó la primavera
y no le queda una flor?

J. ROMAN. ¿Es tu última palabra?

ROSARIO. Y la que a Dolores dí.

J. ROMAN. ¡Pues sea!... Pero ella labra
mi perdición. ¡Siendo así
no respondo lo que haré.

ROSARIO. ¡No, Juan Román! ¡Eso no!
Más locuras, ¿para qué?
Bastante desgracia fué
todo lo que sucedió!

Sal de aquí... ¡Déjame!... ¡Olvida
y vuelve a donde te fuiste!
(Casi a punto de llorar.)
Yo sé que es triste... ¡muy triste!
Pero es la ley de la vida.
Vete, déjame..., el pasado
no es nunca la vida entera.

J. ROMAN. Para ti.
(Otra vez conteniendo el llanto.)

ROSARIO. ¡Bah! ¿Tú que sabes?
(Tendiéndole la mano.)
¡Que seas feliz y acabes
de olvidar nuestra quimera!
Y adiós. El coche me espera.
¡Ahora empieza mi calvario!
(J. Román la retiene la mano entre las suyas, profundamente emocionado también.)

J. ROMAN. ¿Adiós para siempre...?

ROSARIO. Sí.
(La suelta la mano y sale precipitadamente.)

J. ROMAN. Pues, ¡hasta nunca, Rosario!
¡Y pídele a Dios por mí!
(Pausa. Se va J. Román. Rosario no puede contener su dolor y rompe a llorar. Entra CONSUELO.)

CONSUELO. ¿Se fué?
(Rosario no contesta. Acercándose a ella.)
¿Qué tienes?

ROSARIO. ¡Calla!
¡Que no nos oiga Paco!

CONSUELO. Pero, ¿lloras?

ROSARIO. ¿Cómo no, si es mi vida quien se marcha?

CONSUELO. ¿A qué vino?

ROSARIO. A borrar hasta el recuerdo.
¡Lo único de su amor que en mí quedaba!
¡El ídolo se ha roto para siempre!
Ya ves... ¡Era también arcilla humana!
Ve si tengo razón.

CONSUELO. Pero no llores.

ROSARIO. Si todo se acabó, ¿qué quieres que haga?

CONSUELO. Lo que yo... Resignarte... repudrirte...
llorar por dentro y devorar tus lágrimas.

ROSARIO. Sí... Pero, luego, ¿qué?

CONSUELO. ¿Dudas aún?
Por lo pronto, Rosario, ¡no te vayas!

No hay dolor sin alivio en este mundo
y la vida es muy sabia.
¡Quién sabe todavía lo que puede
reservarte...!

ROSARIO. ¿Qué quieres decir?

CONSUELO. Nada.
Que yo ya estoy curada de pasiones
y que Ricardo es bueno y que me ama.
No le quiero, verdad, y esto es lo grave,
porque en amor no importa ser amadas
sino amar... Más, con todo... Como Paco
se acabó para mí, la cosa es clara:
Haré dichoso al médico... Y así
queda junto al pintor, libre la plaza.

(Está a punto de llorar. Rosario la mira con asombro comprendiento toda la grandeza de su alma.)

No, no me mires, no... Si no me cuesta
el menor sacrificio... Si ya estaba
decidida hace tiempo... Vamos, sécate
el llanto...

ROSARIO. ¿Y tú?...

CONSUELO. ¿Yo?... Mira... ¡Ni una lágrima!

(Lo ha dicho sonriendo, pero dos lágrimas ruedan por sus mejillas. Mutis de Consuelo. Otra vez se han oído los cascabeles del coche. Entra PACO.)

PACO. El coche ha vuelto.

ROSARIO Lo sé.

PACO. Pues cuando quiera.

ROSARIO. Un momento.
Ya puedo hablar. Ya no hay sombras
ni fantasmas por en medio.
Como Andalucía fuí
sacudida por un fiero
torbellino. Juan Román
casi me arrancó del suelo
lo mismo que a los olivos
cuando los azota el viento.
Pero resistí. Y fué usted
quien me alentó para ello.

PACO. ¿Yo?

ROSARIO. Sí, usted: la tradición
española, el noble gesto:
el equilibrio más puro
de razón y sentimiento;

lo que no puede cambiar,
porque es sustancia del suelo.
Sea usted quien me defienda
también en lo venidero.
Mas por lo uno y lo otro
le estoy en deuda. Deseo
pagársela. ¿Cómo? Ya
lo supone. Pero el tiempo
será quien diga si al fin
se le cumplen sus deseos.
No me conformo a ofrecerle
un amor que ahora no siento.

PACO. ¿Sabes qué pienso, Rosario?
En las llamas del Convento.
¡Benditas sean mil veces
si a mi favor las trajeron!

ROSARIO. Ya se verá. Y aún nos queda
por atar un cabo suelto.

PACO. ¿Cuál?

ROSARIO. Consuelillo. Me habló.
¿Sabe qué dijo?

PACO. No acierto.

ROSARIO. Que se casa.

PACO. ¿Que se casa?
¿Con quién? ¿Con Ricardo el médico?

ROSARIO. Sí.

PACO. Bien hace.

ROSARIO. ¿No lo siente?

PACO. ¿Por qué? Al contrario. Me alegro.
Ella es digna de su amor.
El, inteligente, bueno.
Serán felices.

ROSARIO. ¿Y usted?...

PACO. ¿Cómo no, siéndolo ellos?

ROSARIO. Entonces...

PACO. ¿Qué?

ROSARIO. ¿Aún no comprende?
Pues si algo está claro es esto.
Que mande aviso a las monjas.
¡Que no me voy! ¡Que me quedo!

TELON MUY RAPIDO

.A FARSA

PUBLICACION SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

RECTOR: VALENTIN DE PEDRO

TORIAL ESTAMPA-PASEO DE SAN VICENTE, 18 MADRID

MEROS PUBLICADOS:

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 cts.

La caraba, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
Mi mujer es un gran hombre, de idenas y G.-Roig.
.a villana, de Romero y Fernán- z Shaw
La aventurera, de José Tellaeche.
La cuestión es pasar el rato, de s hermanos Quintero.
Atocha, de Federico Oliver.
¡Mal año de lobos!, de Manuel nares Rivas.
María del Mar, de Juan Ignacio ıca de Tena.
La del soto del Parral, de Sevi- ı y Carreño.
La sopa boba, de Antonio Paso Antonio Paso (hijo).
-Los lagarteranos, de Luis d argas.
Me casó mi madre..., de Car- s Arniches.
¡Escápate conmigo...!, de Cade- ıs y Gutiérrez-Roig.
Calamar, de Pedro Muñoz Seca
-Las alondras, de Romero y Fer- índez Shaw.
-El anticuario de Antón Mar- n, de Antonio Paso.
Cancionera, de Serafín y Joa- ıín Alvarez Quintero.
-El gato con botas, de Tomás orrás y Valentín de Pedro.
-Via Crucis, de L. F. Ardavín.
-Su mano derecha, de H. Maura.
-Entre desconocidos, de Rafael ópez de Haro.
-La Manola del Portillo, de Ca- ere y Pacheco.
-Doña María la Brava, de Eduar-) Marquina.
-La chula de Pontevedra, de Pa- ıdas y Jiménez.
-La última novela, de Manuel Li- ares Rivas.

26.—La noche iluminada, de Jacinto Benavente.
27.—¡Usted es Ortiz!, de Pedro Muñoz Seca.
28.—Tú serás mío, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29.—La petenera, de Serrano Anguita y Góngora.
30.—El último romántico, de Jose Tellaeche.
31.—La mala uva, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32.—La casa de los pingos, de Paso y Estremera.
33.—La marchenera, de R. González del Toro y F. Luque.
34.—El que no puede amar, de Alejandro Mac-Kinley.
35.—La muralla de oro, de H. Maura.
36.—La parranda, de Luis Fernández Ardavín.
37.—El demonio fué antes ángel, de Jacinto Benavente.
38.—La morería, de Romero y F. Shaw
39.—La cura, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40.—El señor de Pigmalión, de Jacinto Grau.
41.—Y va de cuento, de J. Benavente.
42.—Hernani, de los hermanos Machado y Villaespesa.
43.—No hay dificultad y Cristobalón, de Linares Rivas.
44.—La capitana, de Sevilla y Carreño.
45.—Mi padre no es formal, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
46.—¡Bendita seas!, de A. Novion.
47.—¡Pare usté la jaca, amigo!, de Ramos de Castro.
48.—El buen camino, de H. Maura.
49.—El tío Quico, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50.—¡Por el nombre!, de Federico Santander y José María Vela. La más fuerte, de Augusto Strindberg.

51.—**Mademoiselle Nana**, de Pilar Millán Astray.
52.—**Mariana Pineda**, de Federico García Lorca.
53.—**El cadáver viviente**, de L. Tolstoi
54.—**El deseo**, de Luis F. Ardavín.
55.—**Cuento de amor**, de Jacinto Benavente, y **Sonata**, de Viu.
56.—**¡Más que Paulino...!**, de González del Castillo y M. Alonso.
57.—**Un alto en el camino**, de El Pastor Poeta.
58.—**Cuerdo amor, amo y señor**, de Avelino Artís.
59.—**¡No quiero, no quiero!...**, de Jacinto Benavente.
60.—**La atropellaplatos**, de Paso y Estremera.
61.—**El burlador de Sevilla**, de Francisco Villaespesa.
62.—**Las adelfas**, de Manuel y Antonio Machado.
63.—**Lola y Lolo**, de José Fernández del Villar.
64.—**El automóvil del rey**, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
65.—**Mi hermana Genoveva**, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
66.—**Raquel y el náufrago**, de Honorio Maura.
67.—**La maja**, de Luis F. Ardavín
68.—**El rosal de las tres rosas**, de Manuel Linares Rivas.
69.—**La tatarabuela**, de Cadenas y González del Castillo.
70.—**El último lord**, de Hugo Falena.
71.—**Cuento de hadas**, de H, Maura.
72.—**¡Un millón!**, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
73.—**Oro molido**, de Federico Oliver.
74.—**De la Habana ha venido un barco...**, de Paso y Estremera.
75.—**Las hilanderas**, de F. Oliver.
76.—**Hilos de araña**, de Manuel Linares Rivas.
77.—**¡Mira qué bonita era...!**, de Francisco Ramos de Castro.
78.—**Cuento de aldea**, de Luis Fernández Ardavín.
79.—**Una mano suave**, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80.—**¿Quién te quiere a ti?**, de Luis de Vargas.
81.—**¡Al escampío!**, de El P. Poeta.
82.—**Lo imprevisto**, de F. de Viu.
83.—**El club de los chiflados**, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
84.—**La santa**, de Luis Fernández Ardavín y Valentín de Pedro.
85.—**Los claveles**, de Sevilla y treño.
86.—**El solar de mediacapa**, de los Arniches.
87.—**El sofá, la radio, el peque** hija de Palomeque, de Pedro ñoz Seca y Pedro Pérez Fernán
88.—**El rosario**, de Florencia L. clay y A. Bisson.
89.—**La dama del antifaz**, de Cha Meré, traducción de C. de Ca
90.—**Noche de cabaret**, de Ant Paso y Antonio Estremera.
91.—**La prisionera**, de Bourdet, ducción de Cadenas y G.-Roig
92.—**Una farsa en el castillo**, de nar, traducción de Lepina.
93.—**¿Qué tienes en la mirada?**, Muñoz Seca y Pérez Fernánde
94.—**Pepa Doncel**, de J. Benaven
95.—**El fantasma de Canterville**, Oscar Wilde.
96.—**La casa de la troya**, de Li Rivas y Pérez Lugín.
97.—**La niña de plata**, de Lope Vega, refundición de Antonio Manuel Machado.
98.—**Napoleón en la luna**, de Na rro y Sáez.
99.—**Adán y Eva**, de Pilar Mil Astray.
100.—**La dama del mar**, de Ib versión española de Cristóbal Castro.
101.—**Romance**, adaptación españ de A. Fernández Lepina.
102.—**El Abolengo**, de Manuel Lin Rivas, y **Dúo**, de Paulino M
103.—**Amo a una actriz**, de Ladi Fodor, traducción de Enrique Rosas.
104.—**Para el cielo y los altares**, Jacinto Benavente.
105.—**Don Floripondio**, de Luis Vargas.
106.—**El cardenal**, de Luis N. ker, adaptado a la escena esp la por Manuel Linares Riva Federico Reparaz.
108.—**La araña de oro**, de Orsl Brentano, versión castellana Cadenas y Gutiérrez-Roig.
109.—**La Loba**, de Ceferino R. A cilla y Manuel Merino.
110.—**¡Atrévete, Susana!**, de Ladi Fodor. traducida del húngaro Tomás Borrás y Andrés Rév
111.—**El difunto era mayor**, de Manzano Mancebo.

Han matado a don Juan, de
lerico Oliver.
Sixto Sexto, de Antonio Paso
Antonio Estremera.
La Lola se va a los puertos...,
M. y A. Machado.
¡Maldita sea mi cara!, de Mag-
Donato y Antonio Paso.
Lo que Dios dispone, de Muñoz
a.
Para ti es el mundo, de Carlos
iiches.
Oriente y Occidente, de W. So-
rset Maugham.
Estudiantes y Modistillas, de
tonio Casero.
Volpone, de Ben Jonson.
El alfiler, de Pedro Muñoz Seca.
Ser o no ser, de Rafael López
Haro.
María Victoria, de Manuel Li-
es Rivas,
El gato y el canario, de John
llard, traducida por José Luis
ado y F. Pérez de la Vega.
La aventura de Irene, de Ca-
as y Gutiérrez-Roig.
¿Qué da usted por el Conde?,
Antonio Paso y Emilio Sáez.
Maya, de Simón Gantillón, tra-
cción de Azorín.
El negro que tenía el alma
nca, de Insúa y Oliver.
Ella o el diablo, de Rafael Ló-
de Haro.
El Cuatrigémino, de Muñoz Se-
y Pérez Fernández.
Los Tres Mosqueteros, de Ar-
ín y Valentín de Pedro.
Cuando empieza la vida, de Li-
es Rivas.
¡La condesa está triste!..., de
los Arniches,
Manos de plata, de Francisco
rano Anguita.
De cuarenta para arriba..., de
tonio F. Lepina y Ricardo G.
Toro.
Fabiola o los Mártires cristia-
, de Tomás Borrás y Valentín
Pedro.
Peleles, de Francisco de Viu.
Anfisa, de Leonidas Andreiev.
El protagonista de la virtud,
Manuel D. Benavides.
El ruiseñor de la huerta, de
Pastor Poeta.
¡Contente, Clemente!, de An-
io Paso.

142.—El alma de la aldea, de Linares Rivas y Méndez de la Torre.
143.—El millonario y la bailarina, de Pilar Millán Astray.
144.—La hija de Juan Simón, de de José María Granada y Nemesio M. Sobrevila.
145.—El condenado por desconfiado, de Tirso de Molina, arreglo de los hermanos Machado.
146.—La educación de los padres, de José Fernández del Villar.
147.—La mala memoria, de Abati y y García Alvarez, y La cizaña, de Linares Rivas.
148.—La rosa del azafrán, de Romero y Fernández Shaw.
149.—Shanghay, de John Colton, traducción de A. Mori.
150.—Satanelo, de Pedro Muñoz Seca.
151.—Casanova, de Loran Orbock, traducción de F. de Viu.
152.—Seis pesetas, de Luis de Vargas.
153.—La sombra, de Darío Niccodemi.
154.—Los pollos "cañón", de José Fernández del Villar.
155.—La mar y sus peces, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
156.—La mujer desnuda, de Henri Bataille, traducción de Tulio Sarce.
157.—La Cárcel Modelo, de Carlos Arniches y Joaquín Abati.
158.—Trianerías, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
159.—El séptimo cielo, de Austin Strong, traducción de Antonio F. de Madrid.
160.—Olimpia, de Franz Molnar, traducción de Tomás Borrás y Andrés Révèsz.
161.—Papá Gutiérrez, de Francisco Serrano Anguita.
162.—El crimen de Juan Anderson, de Annie Wisse, adaptación de G. Olmedilla e Ignacio Rodríguez Grahit.
163.—"K-29", de López de Haro y Gómez de Miguel.
164.—La espada del hidalgo, de Luis Fernández Ardavín.
165.—Don Esperpento, de Joaquín Abati y Valentín de Pedro.
166.—La danzarina roja, de Charles-Henry Hirsch, traducción de Lepina y Burgas.
167.—Siegfried, de Jean Giraudoux, traducción de Díez-Canedo.
168.—La calle, de Elmer L. Rice, traducción de Juan Chabás.

.. - El tonto más tonto de todos los tontos, de Antonio Paso y Tomás Borrás.

170.—El amante de Madame Vidal, de Luis Verneuil.

171.—La Perulera, de Muñoz Seca y Pérez Fernandez.

172.—¡Cásate con mi mujer!, de Ladislao Fodor, adaptación española de Tomás Borrás.

173.—Me lo daba el corazón, de Honorio Maura.

174.—La vieja rica, de Fernández del Villar.

175.—Pirueta, de Fernando de la Milla.

176.—La Maricastaña, de Felipe Sassone.

177.—¡Viva Alcorcón, que es mi pueblo!, de Ramos de Castro y Carreño

178.—El señor Badanas, de Arniches.

179—La condesita y su bailarín, de Honorio Maura.

80.—Monte de abrojos, de José Castellón.

181.—Adán, o el drama empieza mañana, de Felipe Sassone.

182.—Los Chamarileros, de Arniches, Abati y Lucio.

183.—El alma de Corcho, de Muñoz Seca y Perez Fernandez.

184—Han cerrado el portal, de Ardavín.

185.—Tierra en los ojos, de Serrano Anguita.

186.—El hombre que se deja querer, de Bernard Shaw.

187.—Tómame en serio, de A. Paso.

188.—La noche loca, de H. Maura.

189.—Mari-Bel, de Rafael Coello de Portugal.

190.—El cuento del lobo, de Molnar.

191.—Proa al sol, de Angel Lázaro.

192.—El Padre Alcalde, de Muñoz Seca.

193.—La prima Fernanda, de Manuel y Antonio Machado.

194.—Los amores de la Nati, de Pilar Millán Astray.

195.—Doña Herodes, de A. Paso.

196.—Margarita, Armando y su padre, de Enrique Jardiel Poncela.

197.—La de los claveles dobles, de Luis de Vargas.

198.—La Guapa, de J. M. Granada y Téllez Moreno.

99.—La Academia, de García Alvarez y Muñoz Seca.

200.—Di que eres tú, de Antonio so y Juan Chacón.

201.—Mi casa es un infierno, de J Fernández del Villar.

202.—La reina castiza, de don Ra del Valle-Inclán.

203.—¡Que trabaje Rita!, de Ant Estremera y R. García Vald

204.—¡No seas embustera!, de Mol adaptación de Francisco Serrano guita y Andrés Révész.

205.—Las pobrecitas mujeres, de L de Vargas.

206.—El perro del hortelano, de L de Vega, refundición de Manuel Antonio Machado.

207.—¡Un momento!, de F. Sass

208.—Las doctoras, de Eduardo H

209.—Los Reyes Católicos, de J Fernández del Villar.

210.—La niña de la bola, de Le dro Navarro.

211.—El tío catorce, de Pedro Pé Fernández.

212.—Una conquista difícil, de Ra López de Haro.

213.—El chófer, de Antonio Paso Tomás Borrás.

214.—La culpa es de Calderón, Leandro Blanco y Alfonso Lap

215.—Como los propios ángeles, Juan G. Olmedilla y Alfredo niz.

216.—Una gran señora, de Enri Suárez de Deza.

217.—La marimandona, de José mos Martín.

218.—El embrujado, de don Ra del Valle Inclán.

219.—Todo Madrid lo sabía..., de nuel Linares Rivas.

220.—Don Juan José Tenorio, de va Aramburu y Enrique Paso.

221.—La culpa es de ellos, de gusto Martínez Olmedilla.

222.—Entre todas las mujeres, Francisco Serrano Anguita.

223.—Vivir de ilusiones, de Ca Arniches.

224.—Los pistoleros, de Federico ver.

225.—La fuga de Bach, de José F nández del Villar.

226.—Las llamas del convento, de L Fernández Ardavín.



Gutiérrez



Semanario español de humorismo

K-HITO, DIRECTOR

Los mejores escritores humorísticos

¡¡¡ Concursos raros · Secciones extrañas !!!

Contra la neurastenia · Contra la hipocondría

20 páginas · 30 CENTIMOS · Colores 4

COMPRELO USTED TODOS LOS SABADOS

LA FARSA

está a la venta en la

LIBRERIA Y EDITORIAL MADRID

ARENAL, 9. - MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que le falten para :-: completar su colección :-:

RIVADENEYRA (S. A.).—MAD

RARE BOOK
COLLECTION



THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v.180
n.1-9